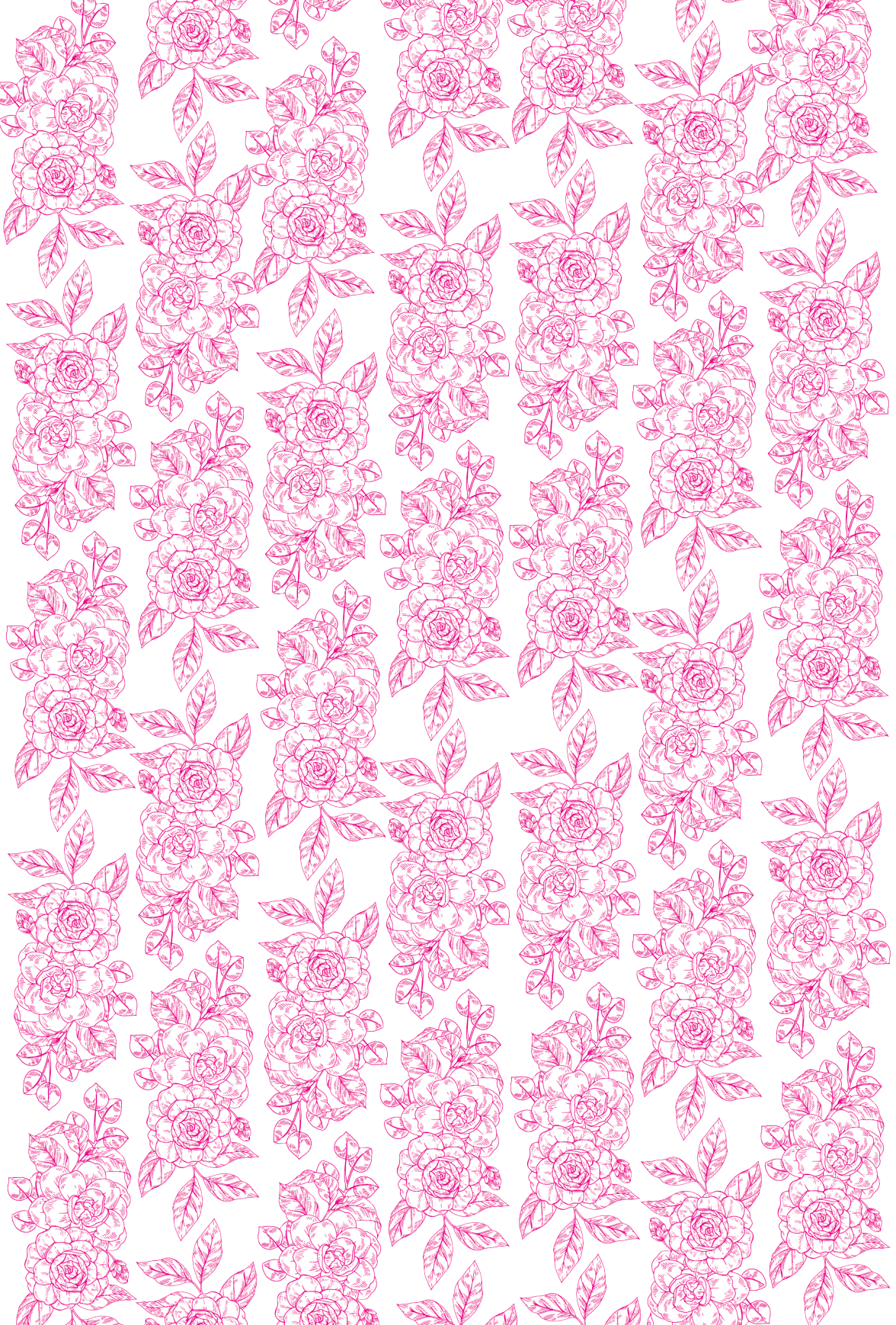
Su cuerpo dejarán

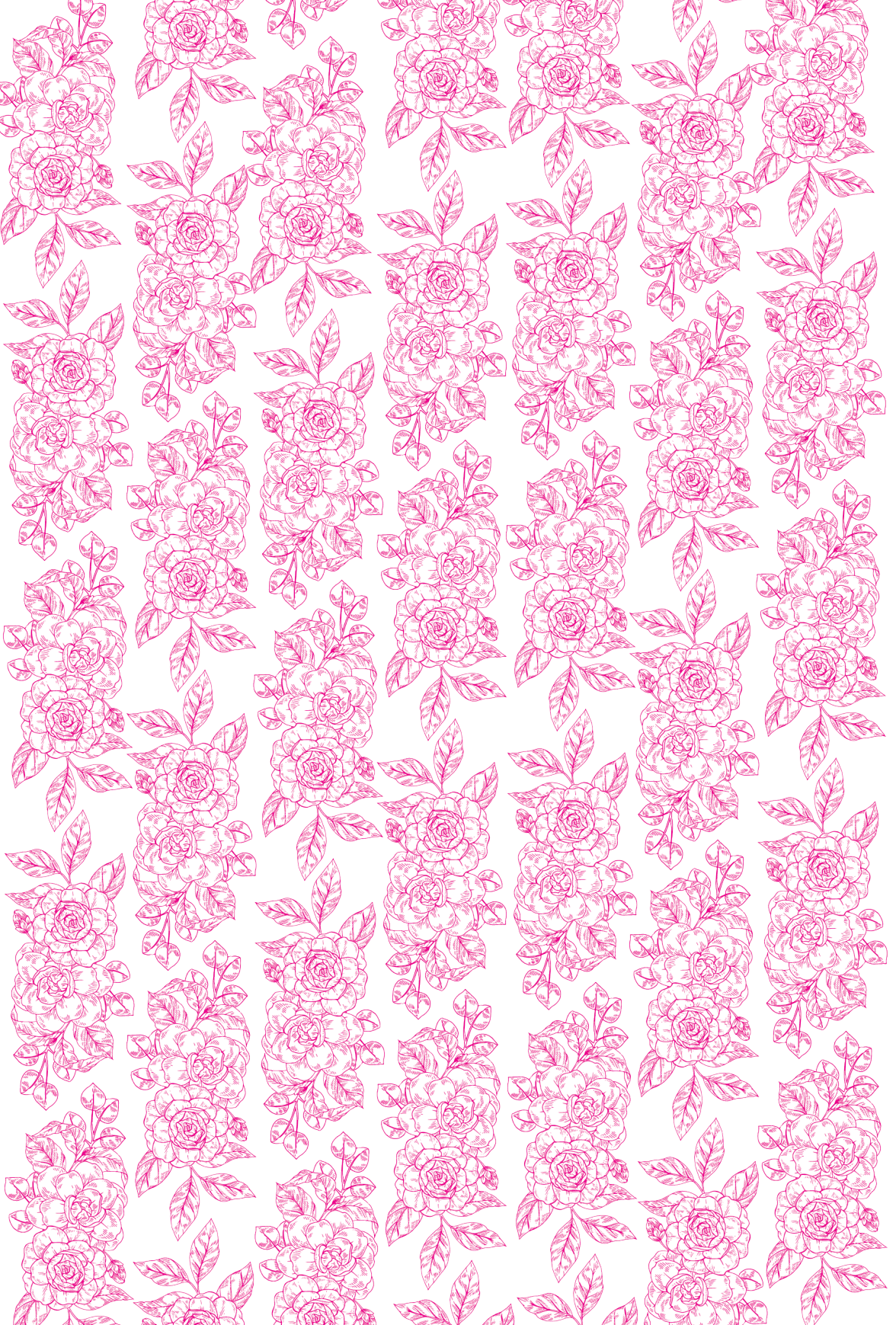
Alejandra Eme Vázquez

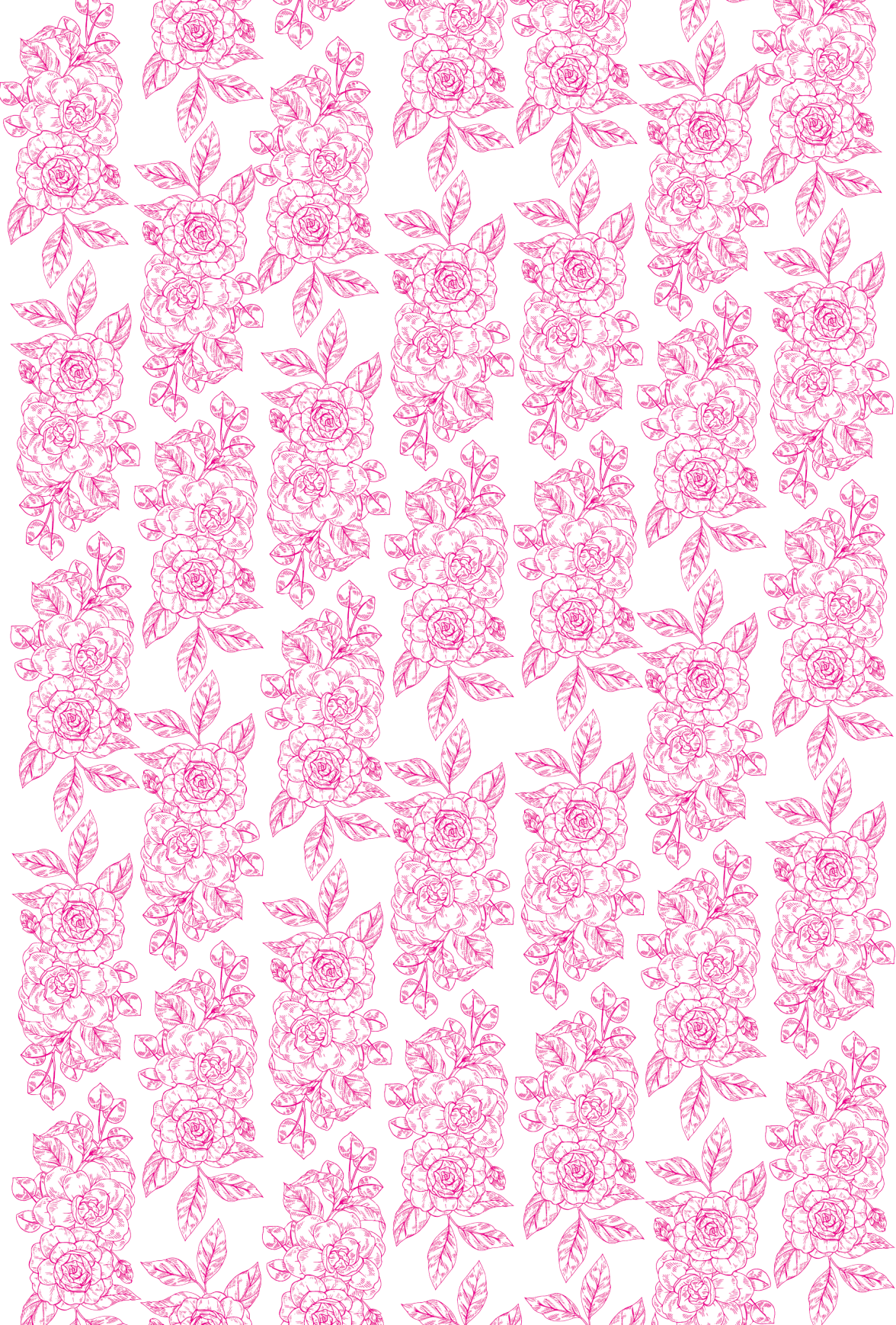
Vestidos para la recién nacida

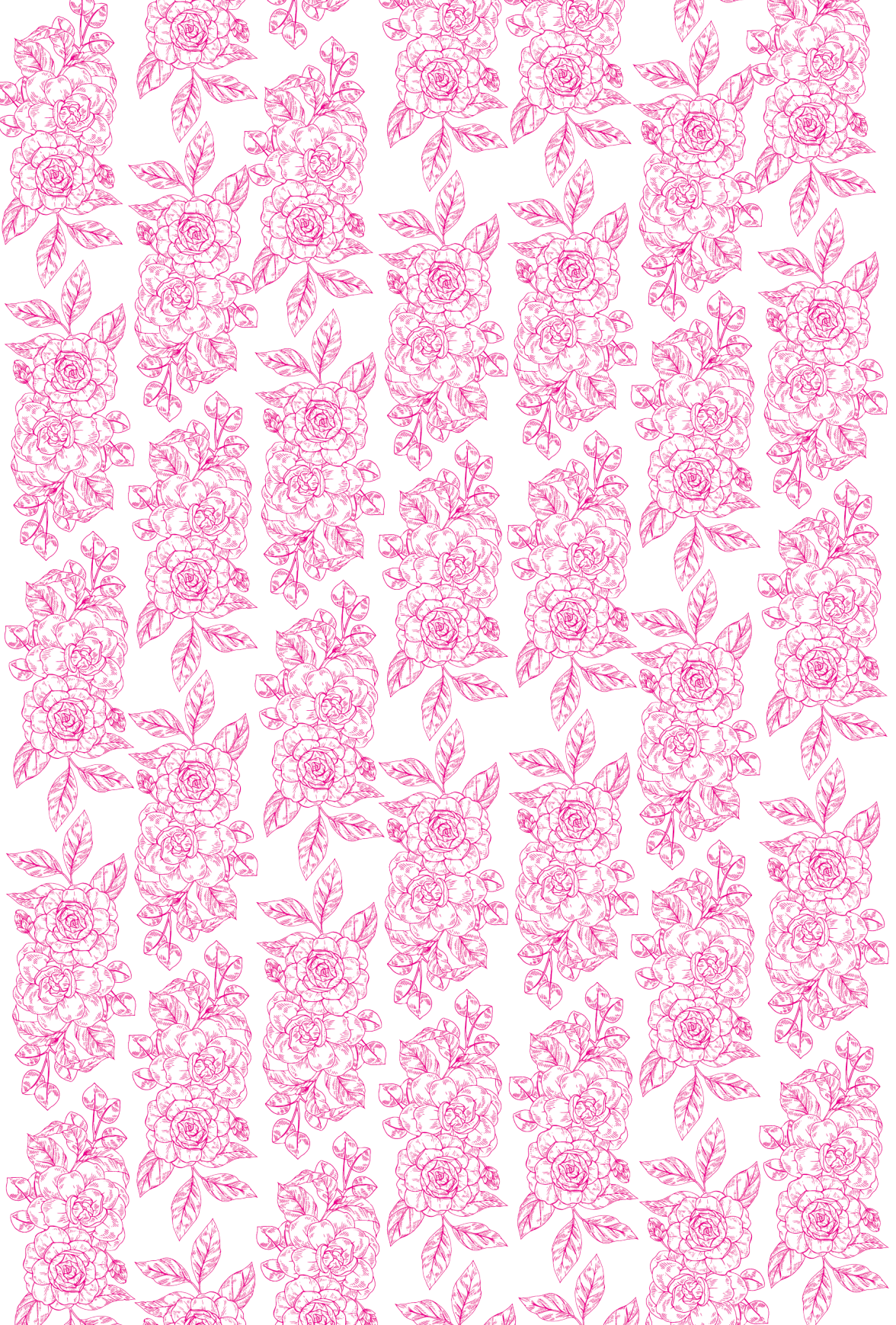
ENSAYO

PREMIO DOLORES CASTRO
POESÍA, NARRATIVA, ENSAYO Y DRAMATURGIA ESCRITA POR MUJERES
2018









Su cuerpo dejarán

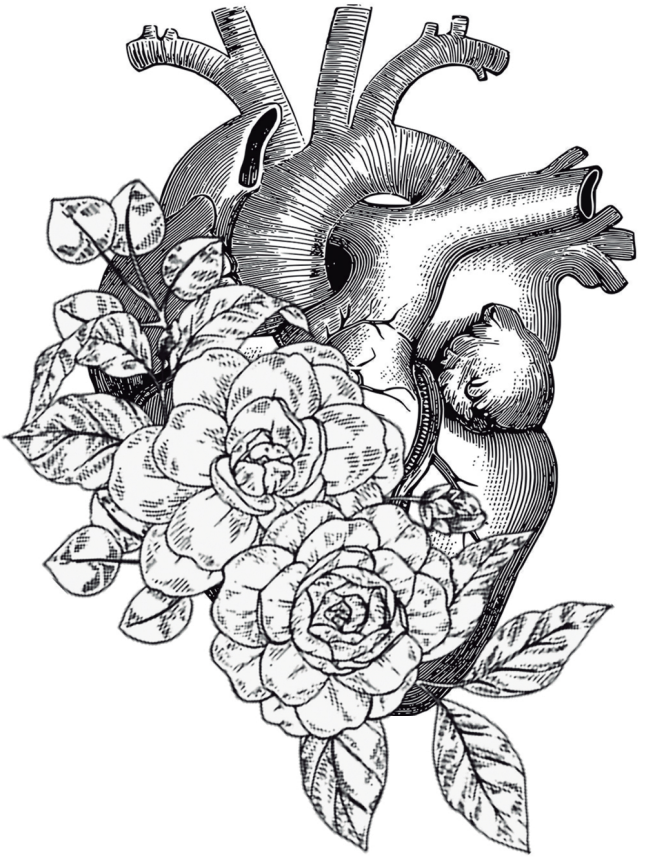
El Periódico de las Señoras

#ENJAMBRELITERARIO

Vestidos para la recién nacida

Su cuerpo dejarán

Alejandra Eme Vázquez



ENSAYO

Primera edición, 2019
[Primera edición en versión digital, 2019]

Su cuerpo dejarán
D. R. © Alejandra Eme Vázquez, 2019
D. R. © Brenda Navarro, *Prólogo*, 2019
D. R. © Enjambre Literario/El Periódico de las Señoras, 2019

Coedición: Enjambre Literario/El Periódico de las Señoras
Colección: D. R. © Vestidos para la recién nacida
Diseño de la colección: D. R. © El Periódico de las Señoras
Diseño de portada: Monserrat Acuña

El Periódico de las Señoras
elperiodicodelassenoras.com
facebook.com/Elperiodicodelassenoras
twitter.com/PeriodicoSenora
elperiodicodelassenoras@gmail.com

Kaja Negra
kajanegra.com
facebook.com/lakajanegra
twitter.com/KajaNegra
instagram.com/kajanegra
redaccion@kajanegra.com

Enjambre Literario
enjambreliterario.com
facebook.com/EnjambreLiterario
twitter.com/EnjambreLitera
enjambreliterario@gmail.com

ISBN: 978-84-948229-6-4
ISBN VERSIÓN DIGITAL: 978-84-948229-7-1

Hecho & impreso en México / Made & printed in Mexico

Prólogo

Tienes en tus manos un libro que fue creado desde el cuidado, que procura y pretende que problematicemos con nuestros propios cuidados. Es un combo de atenciones para las lectoras: de respeto y arte. Y que no se eche en saco roto esto, porque no es poca cosa: el primer libro de Alejandra Eme Vázquez es un referente para la literatura mexicana contemporánea, pero también para los estudios de trabajo de cuidados y las economías feministas en México (y para las charlas de café, té, karaoke y cerveza), puesto que tiene la capacidad de interpelarnos, de mirarnos a la cara y de ser nuestro espejo. Sí, tú y tú, y ella, y la mamá de ella, y la abuela de la que está a tu lado, y tu abuela, y su abuela, nuestras madres, las suyas, las de todas, sí, cada una de nosotras tenemos en común que dejamos el cuerpo para los demás.

Pero que las lectoras no se confundan, este libro no es una diatriba contra el "sistema" o las "estructuras" desde el discurso panfletario o las consignas políticas de izquierda, que solemos encontrarnos en las manifestaciones y movimientos sociales que discuten los derechos de las mujeres; no, y este hecho es el total acierto del texto, porque su capacidad de escribirse desde la estética y la creatividad literaria permite el gozo de la lectura y la continuidad de pensamientos. Es decir, no es un libro que se cierre y se deje en el librero, por el contrario, conversará con otras lecturas y las permeará a tal punto que nos dará la oportunidad de encontrar la transversalidad del tema de cuidados en la vida social y cultural, pero especialmente en la personal e individual. Entrelaza con destreza lo público y lo privado, no lo separa ni lo analiza desde la racionalidad y la conceptualización abstracta, dado que utiliza una metodología feminista que le atraviesa el cuerpo y el de la abuela, y el de todas las mujeres que le han ayudado a construir este libro. Es, entonces, un libro colectivo.

¿Por qué es importante enunciar que su texto —que habla de la experiencia personal que ha tenido respecto al trabajo de cuidados— es una experiencia colectiva? Porque ésta es otra de las virtudes del libro, las lectoras encontrarán un hilo fino, pero potente, de la necesidad de comenzar a cuestionar la creatividad como algo que se vive en solitario o es dado por las musas. La autoría, para Alejandra Eme Vázquez, empieza desde

la abuela, desde su experiencia como profesora y la precariedad que ello implicaba; de su compartir la experiencia con otras mujeres y de cómo esas otras mujeres le ayudaron a encontrarse con más conocimientos. El texto, en sí, más que una acumulación de saberes, es el reparto, en diversos capítulos, de discernimiento entre muchas voces que cuidan, han cuidado o necesitan ser cuidadas mediante la apropiación de la palabra.

Es difícil que en los estudios del trabajo de cuidados y domésticos se asome la creatividad —entendida como la destreza de usar el lenguaje para deleitar la lectura—, pues, desde la academia, la palabra "trabajo" tiende a analizarse como un hecho social aislado, abstracto y con valor monetario. No importa si hablamos de los postfordistas o, incluso, desde el marxismo: el materialismo que se le ha dado a la palabra "trabajo" juega con una especie de divorcio directo respecto a la palabra "cuidados", pues en el trabajo no hay cuidado, sino calidad; no hay nobleza o amor, sino productividad y objetivos (plusvalía y, si se me permite decirlo, revoluciones).

En este sentido, el trabajo de cuidados —el dejarse el cuerpo—, no remite ni a la mano de obra barata del obrero en fábricas (fuerza) ni al estatus de poderío que se relaciona directamente con el trabajo intelectual o de relaciones públicas, donde la figura del hombre de éxito es el estandarte. Los cuidados no entran dentro del lenguaje del amo[1], ni son nombrados dentro de los ámbitos académicos de prestigio; mucho menos en los cánones literarios que se venden y se presentan como exitosos en Iberoamérica. Sin embargo, Alejandra Eme Vázquez, autora novel, logra colarse y darle visibilidad a su texto en un concurso que es sostenido por una sociedad machista, misógina y feminicida como lo es la sociedad mexicana. Y ahondo en esto: el mérito de la autora, resultado de su creatividad literaria, es hablar con el lenguaje estético que se precisa tengan las personas para ser llamadas escritores/escritoras, pero también de ser lo suficientemente ingeniosa para expresarse sobre un tema que se antoja académico con un lenguaje empático y común —esto que me pasa a mí, le pasa también a ella—. No hay palabras adornadas ni conceptualizaciones rimbombantes, por el contrario, la autora presenta el texto a sus lectores como un hecho vivencial, nos cuela citas falsas y, a la vez, nos hace cuestionarnos qué es lo que reciben las personas que hacen trabajos domésticos y de cuidados sin

[1] Se entenderá como lenguaje del amo la idea que surge de la concepción de la colonialidad del lenguaje, que, en palabras de Gabriela Veronelli, "se refiere a un proceso de racialización de poblaciones colonizadas en tanto agentes comunicativos (es decir, en tanto interlocutores posibles) que comienza con la Conquista de América y que continuaría hasta hoy" (Veronelli, 2015).

remuneración monetaria; a dónde van a vacacionar esas personas si su pago es, en el mejor de los casos, una sonrisa, ¿a dónde?

Y cuando pregunto a dónde, Alejandra responde que aún no tiene respuestas satisfactorias y que por eso lee —y agregaría que escribe—: para reconciliar. Y éste sería quizá el verdadero objetivo del libro: reconciliarnos con las historias de más mujeres y con la propia. Re-con-ci-liar-nos con ese algo que se nos ha impuesto socialmente y que no sabemos cómo erradicar de nuestras vidas (si acaso queremos erradicar), porque ese es el dilema de los cuidados y la trampa en la que actualmente nos encontramos como mujeres cuidadoras: ¿dejamos de cuidar?, y si dejamos de hacerlo, ¿quiénes van a hacer este trabajo? ¿La solución es relegarlo a otra persona, exigirle al Estado, olvidarse de la creación de redes de mujeres que se apoyan a la buena y a la mala? ¿Irnos de vacaciones detrás del sueño capitalista de la individualidad y el éxito? ¿A dónde queremos ir a cuidar y a ser cuidadas?, ¿acaso queremos irnos? ¿Nos cuidamos?

El primer paso es escuchar, ser escuchadas y dejarnos el cuerpo en ello, sí, pero en comunidad. Empecemos con este libro.

Brenda Navarro

Ella se había salvado milagrosamente. ¿Para qué? Para cuidar a los enfermos, para asistirlos en su última hora. ¿El diablo podría inspirar esta vocación? ¿Quizá la soberbia? Estos pensamientos se le presentaron en la soledad. Abrió los ojos. Había olvidado cerrar las maderas de su gran ventana. Apagó la luz y se acostó así, en la penumbra. Si cerrara las maderas quedaría completamente a oscuras, y esa noche no quería quedar a oscuras.

Dolores Castro

And now my life has changed in, oh, so many ways,
my independence seems to vanish in the haze
But every now and then I feel so insecure
I know that I just need you like I've never done before

John Lennon

Di por qué, frente al ropero
donde hay tantos retratos,
di por qué lloras a ratos…
Dime, abuelita, por qué

Cri-Crí

I

¿Su trabajo existe?

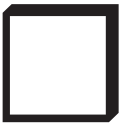
A continuación, encontrará usted 30 aseveraciones referentes a las condiciones laborales en las que puede situarse personalmente. El objetivo de este *test* es determinar, con base en los lineamientos marcados por las leyes, convenciones y marcos filosóficos que supuestamente deberían regir a todos los ámbitos laborales, *qué tanto existe* para el resto del mundo su profesión, oficio o empleo. Cada respuesta en positivo significa un paso hacia el rango máximo de existencia, que supondría condiciones laborales estables, prestigiadas, reconocidas y protegidas en todos los flancos posibles, públicos y privados. A partir de ahí, cada quien puede hacer el cálculo para los resultados obtenidos al responder según la propia ocupación, temporal o permanente. Si tiene usted varios trabajos, es necesario que haga el ejercicio con cada uno y al final atraviese los resultados para saber en qué áreas están sus fortalezas y en cuáles sus debilidades. Recuerde también que es esta una práctica meramente indagatoria (recreativa, si prefiere llamarla así), de modo que no se obliga a nadie a realizarla. Comencemos.

Sólo un favor: elija usted cualquier marca para llenar los cuadros correspondientes, excepto la equis.

- ☐ Existe un sindicato para quienes ejercen su labor (si tiene una flamante afiliación, punto extra).
- ☐ Percibe una remuneración económica fija, previamente acordada.
- ☐ Existe un contrato o, al menos, un acuerdo previo sobre el tiempo en que realizará esas labores.
- ☐ Entre las posibilidades de su trabajo está el acceso a las prestaciones laborales marcadas por la ley (por cada prestación que realmente reciba usted, punto extra).
- ☐ Tiene un lugar fijo para realizar sus labores.
- ☐ Tiene un horario fijo para realizar sus labores.

☐ Conoce perfectamente quién funge como su sector patronal.
☐ La relación con ese sector patronal es estrictamente profesional.
☐ Sus logros particulares y generales son susceptibles de reconocimiento formal por parte de terceros.
☐ Existe un esquema de ascenso por méritos, antigüedad u otro criterio.
☐ Si usted decide renunciar, hay formatos para proceder en estricta profesionalidad.
☐ Existen escuelas de cualquier nivel para adiestramiento, capacitación y/o profesionalización en sus labores.
☐ Sus labores son ejercidas con base en indicadores claros de productividad.
☐ La calidad de su trabajo puede determinarse por el nivel de cumplimiento o incumplimiento de metas precisas.
☐ Los conocimientos adquiridos al ejercer sus labores pueden aplicarse a labores futuras o simultáneas.
☐ Puede reconocer fácilmente a una comunidad cercana de personas que realizan labores similares a usted.
☐ Puede reconocer fácilmente a personas expertas en el área en la cual realiza usted su trabajo.
☐ Su trabajo protagoniza una efeméride en su país, región o en el mundo, además del Día del Trabajo.
☐ Si ya tiene seis meses o más de experiencia en su actual ocupación, está en posibilidades de adiestrar o aconsejar a alguien que comienza.
☐ Tiene usted una rutina específica para realizar sus labores.
☐ Al final de su jornada puede descansar.
☐ Si se proyecta a futuro, tiene opción de jubilarse y pensionarse para vivir una vejez tranquila.
☐ Puede usted ejercer sus labores sin entablar un vínculo emocional con el objeto de su trabajo.
☐ Le es perfectamente posible reconocer cuándo está trabajando y cuándo no.
☐ Es muy claro cuándo está haciendo horas extras (punto extra si son remuneradas).
☐ Existen instituciones bien definidas a las que puede acudir en caso de desacuerdos, inconformidades o injusticias que se den en su espacio laboral.
☐ La división entre los asuntos personales y los asuntos de trabajo es diáfana y no se presta a confusiones.

☐ En su día o días de descanso, no realiza actividades ni remotamente parecidas a las que realiza en su trabajo.
☐ Tiene acceso a un esquema claro de licencias y permisos, con o sin goce de sueldo.
☐ Si el mundo cambiara mágicamente y todos los seres humanos tuvieran la oportunidad de dedicarse a lo que más aman, usted seguiría realizando ese mismo trabajo.

Total: 

Si cada marca significa un grado de existencia para el trabajo ejercido en tanto satisfacción personal, legitimación, reconocimiento y prestigio social, quienes afirmen para sí mismos las 30 aseveraciones o más, considerando los puntos extra, podrían decir bajo este marco que tienen un trabajo estable, bien remunerado, protegido y suficientemente posicionado en su entorno. De 26 a 29 puntos, estarían todavía en un nivel de aceptabilidad en el que hasta por inercia esperanzada se pensaría que el rango podría aumentar, eventualmente. De 21 a 25, el escenario deja de ser tan promisorio, pero aún se estaría en una franja de visibilidad y posible negociación. De 16 a 20, el asunto se complica porque, además, se puede comenzar a pensar en qué ámbitos se encuentran las afirmaciones marcadas para definir la gravedad de la situación. Pero a partir de ahí, se va en picada. Si bien tener de 11 a 15 puntos significa poseer alrededor de la mitad de las condiciones ideales, ya no es posible pensar en protección ni en reconocimiento, por ejemplo, y de 10 hacia cero se estaría hablando de una precariedad pasmosa.

Personalmente, desearía que hubiera entre las lectoras y los lectores de este libro un buen porcentaje que tuviera el mínimo de 75% de aseveraciones marcadas en positivo, puesto que sería un signo de esperanza, incluso para quienes estamos en el nivel ínfimo. Como siempre, saber de alguien cercano que se encuentra en mejores condiciones que las propias da un cierto grado de optimismo; algo absurdo, pero optimismo al fin. Por eso, —y porque siempre es un poco más alentador pensar que Una es quien

tiene mala suerte y no que el sistema está hecho para aplastarnos a como dé lugar— intento convencerme de que habrá "mucha gente" que al leer la lista de criterios no le vea caso ni entienda desde dónde o para qué se están formulando, si es lo mínimo indispensable con lo que cuenta un trabajo, *su* trabajo.

Desafortunadamente, todo parece indicar que la tendencia va exactamente para el lado contrario.

Cuando comencé a hacer esta lista tenía todas las energías depositadas en señalar la sistemática y terrible invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados, que es el asunto central de este libro. Pero justo cuando había terminado de escribir los 30 criterios, vino a mi casa mi amiga N, y durante la plática surgió el tema. Me pareció buena idea leerle los enunciados y decirle mi propósito al redactarlos, después de platicarle de mi investigación sobre los elementos constitutivos de un esquema laboral. Ella, que se dedica a labores editoriales, es una gran poeta y doctorante en literatura, me escuchó por un momento y poco después me detuvo; me pidió volver a leer pero más lento, a fin de que ella misma pudiera responder al ejercicio. El asunto se tornó un poco más serio. N respondió "sí" o "no" a cada pregunta y en algún punto sacamos la conclusión: tampoco ella podía marcar como afirmativa prácticamente ninguna de esas casillas.

Enseguida, pensé en hace un año, cuando era yo profesora de secundaria, e intenté responder el ejercicio con mis condiciones de ese momento. Apenas pude marcar la mitad de los enunciados: tampoco ese trabajo me garantizaba una situación de tranquilidad ni plenos derechos. ¿Y qué significa eso en términos meramente humanos, personales, familiares, políticos? Esa es la pregunta que me ha resonado desde aquel día, cada vez más. La precarización laboral es una cuestión que parece no detenerse ante nada y basta abrir una de sus cloacas para que aparezcan más dudas y más inconsistencias: ¿Qué debe tener un trabajo para que alguien escuche que otro se dedica a eso y no le parezca extraño, absurdo, inútil, humillante, una pérdida de tiempo? ¿Qué hace al prestigio, a la satisfacción, al reconocimiento? ¿Cuándo llegamos a una estructura en la que hay que ganarse la vida como si, muy evidentemente, no la tuviéramos ganada, ni segura, ni valorada? Y a todo esto, ¿quién en este mundo quiere, pero realmente, *quiere* trabajar?

El negrito del Batey deja todo el trabajo al buey porque el trabajo, dice, lo hizo dios como castigo[1]. Es posible que todos, quienes trabajamos, es-

[1] La representación de lo laboral en las artes, especialmente la música popular de distintos géneros, es un tema apasionante que habría que estudiar con mayor cuidado y mayores perspectivas. Pasando por canciones que ponen el énfasis en la opresión

temos de acuerdo con ello y asintamos con un gesto milenario, aprendido desde hace quién sabe cuántas generaciones (en una enseñanza a doblecara que al mismo tiempo nos insiste en que debemos ser productivos, luchones, esforzados), cada vez que alguien insinúa que hacen falta vacaciones, que el tiempo es tan corto y tan largos los pendientes, que el día tendría que tener 38 horas, que qué cansado es todo. Y sí, qué cansado.

Yo escribo este libro para hablar del binomio irrenunciable entre el trabajo de cuidados y el doméstico, a partir de una experiencia propia que me ha obligado a ver la vida entera con otros filtros. Y por este sesgo circunstancial es que me obligo yo misma a ponerlo en palabras: me da tanto miedo olvidarme de algo como no poder contribuir a que alguien, al menos una persona más, lo vea también. Porque lo doméstico y los cuidados, estas dos referencias en apariencia comunes y tramposamente familiares, representan un punto ciego en la precarización de lo laboral. Lo que no quiere decir que todos los demás ámbitos en los que se desempeña tanta gente no sufran de precarización, sino que dentro de todo ese panorama de lo público —de quien debe caminar, manejar o tomar transporte público hacia su *lugar de trabajo*— habría que añadir también lo que sucede a puerta cerrada en las casas, en los parentescos, en las dinámicas de las que no se habla porque nos han enseñado que lo que se hace en privado se hace por voluntad, por afecto y por costumbre. Pero ahí también hay trabajo y de proporciones nunca justamente ponderadas.

De eso quiero hablar. Y de todo lo que surja a partir de ello.

---

que significa una estructura diseñada para perpetuar la diferencia de clases (como "Working in the coal mine" de Lee Dorsey, "Working class hero" de John Lennon o "She works hard for the money" de Donna Summer); aquellas que exaltan las emociones individuales ante el trabajo que se realiza o anécdotas específicas (como "El arriero" de Atahualpa Yupanqui o "Construçao" de Chico Buarque); hasta las que expresan una completa negación hacia el trabajo (como "La guitarra" de Los Auténticos Decadentes o "No voy a trabajar" del grupo Bermudas). Las aproximaciones a este tema complicado para la humanidad no tienen pocos vericuetos. Cabe mencionar la enorme fuerza que posee la endoculturación, es decir, la suma de discursos con que una generación recibe a la siguiente para imbuirle ciertos preceptos y esquemas, a menudo contradictorios, que se alimentan con todo lo percibido dentro de lo privado y de lo público. Tomando en cuenta todo esto, más las manifestaciones culturales que aquí ni siquiera se han nombrado pero que están, habría que considerar desde qué edad comenzamos a considerar el trabajo como una vivencia tan importante, tan exigente y tan problemática.

II

Un libro de cuidado(s)

Mi abuela materna (en adelante, Abuela) tiene casi 90 años. Es viuda desde hace un lustro. Vive con mi madre (en adelante, Madre) en una casa de dos pisos que le regaló mi tía la mayor (en adelante, Tía Empresaria), presuntamente con la idea de que estuviera más cómoda porque antes había vivido con mi ya fallecido abuelo (en adelante, Abuelo) en un pequeño departamento y después en la casa de una de sus hijas (en adelante, Tía Lejana) pero en calidad de eterna invitada. Abuela tiene seis hijos en total: la mayor es Tía Empresaria, la sigue Tío Jubilado, después Tío Ausente, Tía Lejana, Madre y, la menor, Tía Migrada.

Cuando me ofrecieron trabajar como su cuidadora remunerada, yo estaba pasando por un mal momento laboral: el trabajo de profesora en el que me había desempeñado durante 12 años había llegado ya a un punto donde era imposible continuar por la precarización tangible e implacable a la que estaba sometida. Primero, fue la pérdida de agencia en mi libertad de cátedra; después, la imposición de discursos y recursos; enseguida, la reducción de horas y, finalmente, el replanteamiento del trato personal de los directivos hacia mí, que de enaltecedor y amable en exceso, pasó a regañón, censor, minimizador: humillante. Necesitaba un cambio y hombros para llorar, por lo que antes de tomar la decisión definitiva estuve planteando la situación en varios frentes, incluida la casa materna.

La propuesta no se articuló enseguida porque, muy probablemente, ese fue el momento justo en que Madre pensó en el esquema de cuidados de su propia madre como un esquema laboral. Antes, mi hermana (en adelante, Hermana) era quien acompañaba a Abuela y lo hizo durante cuatro años. Cuando yo estaba reconfigurando el mundo desde mi ocupación y vocación docente, que hasta ese momento pensaba definitiva, Hermana ya no estaba en condiciones de continuar su labor de cuidadora. Fue algunas semanas más tarde cuando Madre me propuso sustituirla y me habló de remuneración económica, lo necesario para que yo pudiera arreglármelas

en lo que acumulaba más trabajos, como era la idea. Lo pensé algunos días y fui adecuando el marco a mis propios horizontes porque de entrada me sonaba muy extraño: ¿cuidar, como trabajo? ¿A Abuela que me había cuidado tanto, tantas veces? Jamás lo había considerado ni imaginé todos los matices que ese enunciado podría tener. Y el universo comenzó a volverse un poco otro.

¿De qué hablamos cuando hablamos de cuidar? De defender. No: de vigilar. O quizá de preservar, de proteger, de resguardar, de asegurar, de observar, de verificar, de regular, de amar, sí, de amar, y de desconfiar también porque se cuida lo que está en riesgo de no permanecer. Se cuida lo frágil, lo débil o imperfecto: lo importante, lo valioso, aquello que no concebimos perder. Hay cuidadores de niños, de ancianos, de enfermos, de presos, de casas y de mascotas, porque el cuidado es una hidra de muchas cabezas y a cada cual corresponde una actitud distinta, oscilante entre la ternura y la crueldad, según el caso. El tema es cómo y desde dónde se cuida, si desde la angustia, desde la sospecha, desde el odio o desde la generosidad. Si se establece una jerarquía o una horizontalidad. Si se disfruta o se sufre.

También se habla de autocuidado, como si hubiera que triangular la visión para que Yo me deje a cargo de Mí y pueda verme como otra a la que hay que atender, custodiar, procurar. "Entre semana me cuido pero el fin de semana me doy mis gustos", se oye decir a muchas y muchos que han ido negociándose recompensas por privaciones para cumplir los estándares que se les instituyen desde afuera. Cuidas tu figura, tus palabras, tus relaciones, pero siempre con un componente de miedo que no sabes cómo evitar; miedo a que todo se venga abajo por una distracción, un punto ciego: un descuido. Y decir que esto puede modificarse parece síntoma de ingenuidad pero es sólo porque, según las reglas actuales del juego, existir en esta realidad significa aceptar que si no cumples con los estándares es culpa tuya, y si es culpa tuya, entonces, no se te permite ni chistar ante el fracaso, la pérdida y la opresión.

De pronto, cuidar era mi *trabajo*. Lo repetía incesantemente, con cierta distancia y cierta extrañeza, como si no se tratara de mí o no se tratara de un trabajo. De inicio necesitaba aclarar y aclararme que yo no siempre había tenido ese empleo (¿"empleo"?), que antes tenía "trabajos normales", es decir, tan precarios como cualquiera en esta realidad en la que el trabajador promedio, sea asalariado o haga actividades por su cuenta, no alcanza a cubrir sus necesidades mínimas ni a generar certezas a partir de sus labores. Las primeras semanas, incluso meses, cuando ya no era profesora y seguía moviéndome en círculos en los que se sabía que me había dedicado a eso por mucho tiempo, no podía aún articular los cuidados como un trabajo y

no porque no tuviera claro las dobles/triples jornadas, no porque no hubiera leído antes a Federici, no porque no hubiera comentado alguna vez algo acerca del espacio doméstico como soporte del sistema, no. La extrañeza venía de ser yo la sujeta de tal enunciado:

Yo trabajo cuidando a mi abuela.
Cuidando
A mi abuela
Trabajo
Yo.

Acostumbrada como estaba a que mi fuente principal de ingresos proviniera de una actividad como la docencia, que está en el ojo público todo el tiempo (a veces para bien y otras para mal) y al tomar posesión de mi nuevo empleo, fue todo un choque mudar mis energías a un espacio donde, por ejemplo, la noción de éxito no significa absolutamente nada. Una vez que entendí, porque tampoco eso lo tenía claro, que los cuidados implicaban necesariamente hacerme cargo del trabajo doméstico que Abuela ya no podía hacer, el primer asunto espinoso fue topar con la pared de mi propio afán de reconocimiento, largamente cultivado. Entender que aquí no hay felicitaciones ni diplomas en ningún momento del ciclo, porque tampoco hay ciclo. Ni medidas: no es posible hacer una rúbrica ni una lista de cotejo para evaluar qué tan bien trapeado está el piso o qué tanto se elevó el ánimo de mi cuidada, factores que por otro lado están siempre sobre una escala frágil. La idea del "mantenimiento", pensada en estos términos, nunca había sido tan clara: se trata de jamás dejar que algo se caiga, pero tampoco levantarlo demasiado. En la comida, por ejemplo, no se pueden agotar las energías en platillos rebuscados porque mañana otra vez hay que cocinar y, a menos que una tenga tres horas diarias para destinar a ello, pronto las cuentas de tiempo/esfuerzo no salen; también se pone en evidencia que cualquier estándar alcanzado va a terminar en eso, un simple estándar que siempre podría elevarse. Lo invisible es justamente el objetivo buscado, lo distinto se normaliza casi enseguida.

No hay forma existente de medir el afecto entregado a un huerto casero, la calidad de una charla de hora y media durante el desayuno, las pequeñas actividades cuyo objetivo es crear un mejor ambiente, aunque tampoco tengamos un diagnóstico de cómo era antes ese ambiente. Lo perturbador es darme cuenta de que me hice un esquema de pensamiento en el que evaluar, medir y reconocer, en términos empresariales, es importante; y sin

embargo, admitir simultáneamente que no hay manera de que ese esquema funcione aquí, aun cuando muchas veces sí me sonríen o me dan las gracias o me felicitan (hay que decirlo). Entonces, prefiero regresar al punto en que la remuneración económica que recibo de parte de Madre, Tía Migrada y Abuela es mi puesta en perspectiva, además de las prestaciones específicas e imposibles de esquematizar que este trabajo trae consigo. Puedo salir a caminar descalza en el pasto en cualquier momento que lo desee, hay mucho silencio, tengo tiempo de hacer ejercicio todas las mañanas, puedo no gastar en comidas, puedo gestionar tiempo para escribir, pero sobre todo, voy cambiando a cada paso. Y pienso. Y me pongo en problemas. No sé si eso cuenta como remuneración en términos contractuales, pero es mejor eso a que me digan que me pagan "con amor" o "con respeto". ¿Qué diablos significa eso?

Si el trabajo doméstico y de cuidados se reconociera con sonrisas, felicitaciones o agradecimientos expresos, lo que sucedería sería que tendríamos que estar diciendo *gracias* todo el tiempo, a cada minuto y a cada segundo, en distintas intensidades pero *gracias, qué amable, justo lo que necesitaba, qué bien lo hiciste.* Gracias yuxtapuestas unas con otras hasta que nadie supiera para qué era cada una. Y si por cualquier motivo no pudiéramos decir gracias en el momento necesario en que alguien está haciendo alguna cosa para que nuestra casa sea lo que tiene que ser y nuestros seres queridos estén como tienen que estar en sus momentos vulnerables, entonces habría que acondicionar una alacena en cuyos cajones depositáramos cada gracias que no se dijo a tiempo o que no pudo expresarse porque se estaba agradeciendo otra cosa en el mismo momento. Y cada vez que abriéramos los cajones se desbordarían las gracias, muchas gracias, hasta que no bastara ese espacio y tuviéramos que hacer un cuarto especial, una especie de Cava de Gracias. Y de todas maneras no sería suficiente; y de todas maneras, valiente moneda de remuneración: ¿a dónde se va una de vacaciones con ciento cincuenta millones de gracias?

III

¿Me estás hablando a mí?

Escribo un libro sobre los cuidados de Abuela y ella no lo sabe. Eso me ha angustiado durante mucho tiempo y la angustia crece entre más cerca estoy de terminar el proyecto. Pienso: debo decirle. Luego pienso: ¿pero qué voy a decirle? Y es cierto, ¿qué? A la luz de todos los filtros, lo que ella mira no es lo mismo que yo miro y eso tampoco está mal. Ella ha vivido toda una vida de preceptos relativos al trabajo doméstico y de cuidados, yo me encuentro de pronto en ese entorno y mi mundo se reconfigura; ninguna está en lo incorrecto, para ambas esto significa una experiencia que podemos expresar en diversas formas. Mi forma es un libro. Pero es un libro que contiene también mi visión de ella porque así debe ser, porque se trata de traer a lo público lo que se supone que cada quien debe hablar sólo en espacios privados, pero que también revela estructuras y si no hablamos, cómo vamos a descubrir los límites. Y mis propios límites, ¿en dónde están?

Entonces necesito preguntarme cuál es su presencia en estas palabras. Si voy a contar lo que miro, debo dejar claro que mi visión de Abuela no es total ni pretende serlo, y parto de la premisa de que ella es una persona mucho más rica y compleja de lo que yo puedo representarla, pero que de todas maneras necesito esmerarme en representarla de la manera más rica y compleja que me sea posible. No es precisamente un homenaje, pero sí es una forma de atesorar este tiempo que he pasado con ella, aprendiendo y aprehendiéndola, aun sin darme cuenta. Me parece que éste es un libro donde quiero que esté como una presencia intrínseca e inseparable y, desde ahí, propongo una horizontalidad que no se da con el diálogo, sino con la exhaustiva puesta en palabras de cada detalle que acumulo con cariño obsesivo u obsesión cariñosa, a saber.

Éste no es un libro para Abuela, porque eso significaría que quiero ponerle enfrente su propia vejez y ese no es mi objetivo. Entonces, ¿qué es? Probablemente sea un texto sobre mi propia vejez, esa que desde mis primeros años en el mundo se ha revestido de tabú y en la que antes de esto no solía pensar gran cosa, un poco porque no tenía tiempo de pensarla y

otro poco porque no tenía ganas, tenía miedo, tengo miedo, tengo todas las esperanzas puestas en que pase algo que me asegure ser una anciana feliz y tranquila. Aunque todo parezca indicar que no será así.

¿Qué podría decirle, entonces? Cómo llegar y soltarle un: "Abuela, estoy escribiendo un libro sobre tus cuidados", si ni siquiera se ha acordado entre nosotras el término *trabajo de cuidados* para lo que yo hago con ella de lunes a viernes, de seis, siete, ocho, nueve de la mañana a tres, cuatro, seis de la tarde, según sea el caso. Pero sigo sintiendo que debo decirlo e intento pensar las palabras adecuadas. Las ensayo frente al espejo.

You talkin' to me?
Who the fuck do you think you're talking to?

Puedo decirle: "Abuela, todo este tiempo que yo estaba cocinando, porque tú ya no podías y tenía cara de no querer estar ahí, no era por ti, sino porque estaba pensando en un libro que se me iba de las manos, un libro sobre ti, sobre cómo estás envejeciendo".

No.

O quizá: "Abuela, estoy escribiendo sobre cómo las dos terceras partes de tus hijos no se preocupan por brindarte los mínimos cuidados y sobre cómo no concibo la actitud soberbia que toman ante tu situación".

Ni pensarlo.

Tal vez: "Abuela, ¿adivina qué? Escribo un libro en el que invento que trabajo para ti, como si cuidar a una abuela fuera un oficio, divertidísimo, muy ocurrente, ¿tú crees?"

No hay manera.

No puedo decirle nada porque en realidad ella es detonante, pero no interlocutora directa de estas palabras. Este libro es para mí; o mejor dicho, para mi Yo Anciana Del Futuro que no sabemos siquiera si existirá pero que de acuerdo con las teorías del envejecimiento cerebral y la memoria, muy posiblemente pueda tener una reminiscencia corporal de que alguna vez pensó mucho en ese momento en el que sus funciones corporales estuvieran mermadas, porque lo vio en su abuela. Caso cerrado, argumento aprobado: no es necesario decir nada a Abuela y quizá ni a Madre, a Tío Jubilado, a Tía Migrada, a Hermana ni al resto. Fin.

Sin embargo, llega un momento en el que es inevitable decir que estoy escribiendo un libro porque tampoco puedo no decirlo si estoy evidentemente apurada, si me la paso más tiempo frente a la computadora, si necesito irme temprano, si de pronto decir "estoy escribiendo un libro" es el único escudo para negociar el trabajo doméstico que se ha convertido en mi deber asumido. Entonces se da, sin quererlo y sin pensarlo, la conversación:

—¿Y de qué es tu libro?
—Es una historia de mujeres, abue. Una novela.
—Ah, ¿y cómo se llama?
—*Su cuerpo dejarán*.
—Bueno, cuando lo acabes me lo prestas para leerlo.

Demonios. Ahora voy a tener que escribir, también, esa novela.

IV

Genealogía del cuidado

Quizá por culpa, por costumbre academicista, por miedo o por todo junto, leo textos que me ayuden a escribir sobre mi trabajo de cuidados. Me interesa leer. Leer. Leer y leer. Como si en un libro o un artículo fuera a descubrir alguna magia para no sentirme agotada por las rutinas y culpable de ese agotamiento. "Es una beca de escritora", sigue repitiendo Madre cada tanto, respecto a esta temporada cuidando a Abuela, y yo con ganas de decir que por una parte tiene mucha razón, pero por otra no recuerdo haber tenido tantísimas ganas de escribir ni la conciencia de tener que robar tanto tiempo al tiempo para terminar las columnas que por suerte van expirando, las correcciones editoriales que por suerte se me van aumentando y este libro que no sé si corra con alguna suerte.

Un día voy a comer con A, a quien conozco de redes sociales, para platicar de lo que sea, pero termino platicando de Abuela. Ella me dice que su objeto de investigación es la vejez y me platica: en 2050 vamos a ser un país de viejos. ¿Cómo es eso?, digo yo, y sé que necesito articular mejor porque lo que sucede en mi trabajo de cuidados no es un caso aislado, es parte de un sistema, eso lo sé, lo sabemos.

Semanas más tarde, A me envía una carpeta virtual con fuentes básicas que ella misma ha curado para mí. Los títulos de trabajo que ha puesto a cada uno de los archivos son absolutamente claros y cuidadosos, en total atención a las dudas que le he expuesto: cuáles son los cambios de la vejez, qué pasa con las familias, qué esquemas de cuidados hay para adultos mayores. Y otras dudas que me he callado pero que me parece que ella ha adivinado porque después de todo, es su tema aunque es más joven que yo y se ve más joven de lo que es, y cómo la vejez podría ser un tema para alguien que parece que acaba de pisar el mundo hace apenas unas primaveras. Cómo la vejez puede ser un tema central para alguien, cómo.

Veo la carpeta una y otra vez, sólo los títulos, sin osar abrir absolutamente nada, y las lágrimas corren con esa facilidad tan reciente que experi-

mento para llorar. Confieso: a veces debo hacer una pausa mientras trapeo los lunes, miércoles y viernes, para sentarme en algún lado y entregarme a un llanto que no siempre tiene razón clara de ser. Hay muchas cosas por qué llorar, me digo como consuelo, alguna de ellas me calzará a la medida. En estos tiempos en que a mis vocaciones se une la plañidería, el gesto de A, entregándome respuestas expresas y amorosas a mis dudas, me mueve y me conmueve, como todo gesto que me hace sentir cuidada y que antes quizá hubiera dejado pasar desapercibido.

Anexo 1. Las fuentes de A

1) Consejo Nacional de Población. *El envejecimiento demográfico de México, retos y perspectivas*. México: Conapo, 1999. Impreso.
2) Ham Chande, Roberto. "El envejecimiento en México: de los conceptos a las necesidades". *Papeles de Población* 5.19 (1999): 7-21. Impreso. Recuperado el 17 de mayo de 2018 de: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11201902
3) Montes de Oca, Verónica (coord.). *Envejecimiento en América Latina y el Caribe*. México: Unam, 2013. Impreso.
4) ____. "Las redes de apoyo social: definiciones y reflexiones para gerontólogos" en: Zoila Trujillo, Margarita Becerra y María Silvia Rivas (comp.). *Latinoamérica envejece: visión gerontológica/geriátrica*. México: McGraw Hill, 2008. Impreso.
5) ____. "Redes comunitarias, género y envejecimiento. El significado de las redes comunitarias en la calidad de vida de hombres y mujeres adultos mayores de la ciudad de México". *Notas de población* 29.77 (2003). Impreso.
6) Partida Bush, Virgilio. "La transición demográfica y el proceso de envejecimiento en México". *Papeles de Población* 11.45 (2005). Impreso.
7) Tuirán, Rodolfo. "País de viejos". *Nexos*. (2003). Web. Recuperado el 14 de mayo de 2018 de: https://www.nexos.com.mx/?p=10927
8) Su tesis. Es decir, la tesis de A.

Como siempre que una se coloca nuevos filtros, termino por enterarme de más, por ejemplo, que hay un Seminario de Envejecimiento en el Instituto

de Investigaciones Sociales de la Unam, que existen muchos otros títulos, muchas otras fuentes; que hay cursos para cuidadores en el Issste a los que me voy acercando de a poco, porque el universo del asunto es tan grande que siempre me descubro apartando la vista de las páginas para dejar correr el pensamiento que anda por su cuenta, a veces, sin que yo lo note, articulando conceptos, experiencias y emociones. Todo se junta. Leer de esto no es como leer de otras cosas, ya quisiera yo tener el mismo tipo de reacción que cuando hice mi tesis sobre poemas ingleses importados al español y sí, todo me emocionaba, pero nunca emocionarme significaba echarme a llorar diez minutos porque una muy seria psicóloga le dedica su libro sobre cerebro y memoria a los ancianos de su vida.

Leo. No es lo mismo familia que parentela, dice Fuente Cuatro, y de pronto tengo que parar a cada párrafo porque la teoría es solamente la puesta en palabras de todo aquello que me enoja y me preocupa. Releo, intentando comprender: entonces la familia de Abuela está constituida por Madre, porque vive con ella, y yo soy parentela de Abuela porque vivo aparte. "Parentela" es una palabra que me causa problemas, me remite a cuando se hace una fiesta enorme a la que llegan invitados con mucha gente desconocida, "la parentela", los que no fueron requeridos pero igual están ahí, los gorrones de Chava Flores.

Sigo leyendo. De entre esa parentela, pertenezco al círculo que procura cuidados. Es un círculo muy pequeño cuyo núcleo siempre es Madre. Si antes Hermana se hacía cargo de acompañar a Abuela y yo sólo iba a comer los miércoles pero luego la relevé, me acerqué a ese círculo al que a veces también se une Tía Migrada y en el que no sé si colocar a Tío Jubilado, que viene a comer casi a diario pero en realidad no viene a cuidar sino a ser cuidado. Tío Jubilado es ese típico hijo que se quedó en su adolescencia mental y que llega reclamando que siempre se le escuche prioritariamente, que haya comida siempre nueva, siempre rica, pero cuando está ocupado, enfermo o quiere cambiar sus hábitos, también exige que toda la rutina de la casa de su madre cambie para ajustarse a sus necesidades. ¿Eso es cuidar?

Necesito dejar de leer para pensar en algo que quizá sea lo más angustiante respecto a este trabajo invisible. Porque también es cierto que Abuela ha vivido una vida entera definiendo el bienestar en función de ser sobresaliente en el trabajo doméstico y de cuidados que realiza. Si ejerciera cualquier otra profesión, la que fuera, estaría dando conferencias y recibiendo homenajes, así de buena es en lo que hace. Y aun ahora, si este trabajo gozara del prestigio y reconocimiento público que tienen tantos otros, se consideraría admirable que Abuela esté en condiciones de se-

guir haciéndolo, porque sí está en condiciones, y su sabiduría se alabaría a puntos tales que se instituirían premios con su nombre: Primer Premio al Mérito en el Trabajo Doméstico y de Cuidados "Abuela". Sería un éxito.

En cambio, cuando Abuela quiere hacer algo que es experta en hacer, se encuentra con que el médico ya le dijo que no use productos de limpieza ni haga esfuerzos *innecesarios,* y nosotras: "mira, Abuela, ya no hagas eso, no seas necia, ya no puedes". Eso nunca se le dice a alguien experto en cualquier otra área, ni en el tono que a veces usamos nosotras, entre casi angustiado y casi colonizante. Pero de cualquier modo, el esfuerzo que emplea Abuela en cocinar algo especial o en lavar los baños al punto más brillante no es distinto al de un médico que a la misma edad continúa operando con perfecto pulso; o un profesor que siga yendo a dar clases pese a que las piernas tampoco le respondan como antes. Seguro que al médico también le contraindican esfuerzos físicos y que el profesor ya no puede aspirar polvo de gis o aroma de plumón; la diferencia es que en esos dos ejemplos, el "qué necio eres" va acompañado de una sonrisa y de un asombro admirado que en el fondo es un "sigue así, eres un *crack*"; pero a Abuela, aunque sea cariñosamente, la regañamos.

Abuela tiene, como remuneración tangible de más de seis décadas de antigüedad en el trabajo que ejerce, el dudoso honor de que un grupo de personas reconozca en ella a un apoyo incondicional, a alguien con quien siempre se puede contar para que cocine deliciosa comida casera, que hasta hace unos años podía hacerse cargo de los nietos, que sabe cómo hacer miles de cosas referentes a la casa y a la gente en situación de vulnerabilidad. A Abuela le llaman para preguntarle recetas, para pedirle que les cuente los chismes familiares, para contarle sus penas, hasta para pedirle dinero prestado. Bajo el argumento de que todos tenemos vidas muy complicadas como para detenernos a pensar y a intentar entender una vejez ajena, navegamos con una bandera ambigua en la que muchas veces es difícil saber si estamos cuidándola o estamos siendo cuidados por ella.

Entonces, ¿qué recibe Abuela por ser una experta en el espacio doméstico? ¿Cómo se ha consagrado su maestría en cuidados desde que se las arregló para llevar a sus primeros dos hijos a la escuela en contra de quien fuera, pese a que le decían que mejor los metiera a trabajar de una vez? En medio de ese discursito convenenciero de que es imposible remunerar el amor y la devoción (porque si es imposible quiere decir, entonces, que nadie debería hacerse tanto cargo de otros y que es sencillamente inhumano poner ese peso exclusivo en cualquier hombro) existen algunos gestos encaminados a recompensar de algún modo ahora que los hijos y los nietos

somos autónomos y Abuela puede representar ese papel de matriarca que, según la tradición, le corresponde. A veces esta recompensa consiste en llevarla de compras (una de sus actividades favoritas) o invitarla a comer en sitios rezando para que le gusten (en cuestiones de comida ajena, Abuela es difícil). Las visitas a su casa también son un clásico de la retribución emocional; para quienes somos mujeres, estas visitas consisten en llegar a su casa, *ayudar* a las tareas de cocina y servir la comida, mientras que los hombres colaboran depositando su gloriosa humanidad en algún sitio para que se les admire y se les rinda tributo.

Pero, con todo, uno de los momentos dorados en la dinámica de remuneración es cuando alguien, simple y llanamente, le da dinero.

> El dinero constituye la forma de apoyo más frecuente. Se da y se recibe dinero para enfrentar dificultades económicas, como el pago de vivienda, de servicios médicos, de deudas y otros. En segundo lugar figuran los apoyos "morales", término que tomamos de las respuestas de los entrevistados. Estos apoyos están destinados a paliar problemas en el campo de la afectividad: sentimientos de soledad y de aislamiento, depresiones por la enfermedad o pérdida de seres cercanos, consejo en la toma de decisiones graves.

Eso dice Fuente Tres y dice verdad. Darle dinero a Abuela es un momento de reflector para cualquiera de los hijos, especialmente para los que suelen estar ausentes. El ritual es sencillo, pero importante. Ellas y ellos han apartado previamente la cantidad, seguro, pero en el momento de la entrega el gesto debe parecer casual e ir acompañado por alguna frase entre cariñosa y chistosa como: "Ten, para tus chunches". Abuela acepta la cantidad por ellos fijada y la guarda, no sabemos dónde ni queremos saber, pero sí que sabemos que hay una buena dosis de tranquilidad en el hecho de que ella sepa que es solvente económicamente, "para cuando lo necesiten mis hijos o mis nietos", repite cada que alguien quiere escucharla. La verdad es que el dinero le significa paz, probablemente por las carencias sufridas en la infancia, pero al menos yo no podría culparla: ¿alguien en la sala no ha equiparado alguna vez dinero con bienestar?

Entonces leo para reconciliarme, también. Cuando inicié este proyecto de libro creí que iba a terminar odiando a mi familia extendida tras reconocer sus descuidos. Pero, no sé si porque podríamos estar peor, porque entiendo que nadie nos ha enseñado a cuidar o porque hay una parte de mí que me recuerda a gritos que antes de la muerte de Abuelo, tampoco

yo tenía en el panorama la necesidad de fungir como cuidadora, las fuentes que me ha regalado A y las que han surgido después son una forma de reconciliación con mi familia. Quizá nuestra conciencia en lo doméstico y en los cuidados es más precaria que el sistema laboral mismo, pero, como quiera que sea, hemos armado una red de trabajo de cuidados alrededor de Abuela. Lo que es cierto es que podemos contar con que si se cae un soporte de esa red, hay otros que pueden entrar al quite. Como quiera que sea.

> Clasificamos como "trabajo" todas aquellas ayudas consistentes en apoyos para asegurar la reproducción doméstica (cuidado de los niños o de personas impedidas, trámites de pago de servicios, etcétera.), los cuidados asociados a la salud (subsanar la falta de tiempo para cuidar enfermos; complicaciones con trámites hospitalarios o con seguros médicos) y las ayudas para enfrentar serias dificultades laborales (problemas para desempeñar el trabajo, jornadas y responsabilidades excesivas, etcétera.). Otra forma de ayuda consiste en proporcionar ciertos bienes que resultan indispensables en situaciones críticas: alojamiento, alimentos, medicinas.

Retomo la lectura y vuelvo al inicio. Para 2050 este país será un país de viejos, dice Rodolfo Tuirán en Fuente Uno y lo repite en Fuente Siete, muy seguro él. Recuerdo que eso fue lo primero que me dijo A cuando me confirmó que había que pensar en la vejez y en las redes de cuidado, para hoy y para dentro de muy pocos años. Es decir que saldremos a las calles y veremos menos niños, como decimos ahora que sucede en Finlandia o en alguno de esos países a los que achacamos realidades que harían palidecer a los Supersónicos. "En Tal Lugar ya no hay familias en los parques, las parejas prefieren no procrear, se les paga a quienes deciden tener más de un hijo", decimos perplejos, sin pensar que ese mismo escenario está para nosotros a la vuelta de la esquina. Yo tendría 70 años en 2050, siete décadas de vida sin haber tenido hijos ni seguridad social. Gracias por darme un motivo para el insomnio crónico, Tuirán.

Pauso. A veces parece que ese discurso de escandalizarse porque cada vez los parques están más vacíos viene de preocuparse por la infancia y la juventud, en tanto futuro en ciernes del universo humano, pero es muy posible que, en realidad, detrás de él se esconda una preocupación menos luminosa, más funesta: la de que nosotros mismos pasaremos a engrosar las filas de esa ancianidad que se le viene encima a un país normalmente asociado con familias numerosas, casas ruidosas, gente *hogareña*, en el que

las mujeres tienen hijos muy pronto y muy sin filtro, un país de excelente salud reproductiva. O será que ese es el país que nos hemos contado por mucho tiempo, como tantos otros Méxicos que ni siquiera se acercan a lo que vivimos cada día. Y ahora se le suma un México que todavía no habrá resuelto ni sus problemas de infancia y se verá viejo, de pronto, sin remedio. Como tantos de nosotros.

A veces me quedo dormida leyendo y a veces necesito dejar de leer. En las palabras de los teóricos, de los investigadores y de los comentaristas alcanzo a ver un dejo de tristeza que no sé si existe o me estoy inventando, porque hablar de vejez es hablar de que la vida tiene fin, de que hay personas que ya no están, de que el cuerpo —que nos permite desvelarnos para terminar de escribir un capítulo más— va a dejar de funcionar, poco a poquito, cuando hayamos juntado algunos años más. Hablar de vejez es estar consciente de que esta boca que habla irá perdiendo dientes, de que estos ojos que miran la pantalla irán perdiendo claridad, de que esta mente que hoy escudriña lo que sabe para sacar alguna conclusión probablemente no recordará ni lo mínimo en algunas décadas.

Por lo pronto, leo para enterarme de qué es ser anciana y cómo va a ser el mundo en 2050, como si leer fuera una reafirmación absurda de que, al menos por el momento, necesito un texto ajeno que me lo cuente.

V

Qué pasa con el cuerpo

Una de mis primas trabaja en una clínica de especialistas diversos y así fue como Abuela encontró en el Doctor S a su geriatra de cabecera. El Doctor S es sumamente parsimonioso y eso implica que a veces nos hace esperar hasta hora y media para entrar a consulta, pero también que garantiza una atención milimétrica no sólo en lo físico, sino en lo anímico y lo mental. Yo nunca había visto el proceder de un geriatra, para ser sincera, pero ahora que he incursionado en este mundo y sé de otros abordajes, sí creo que me gustaría tener un médico como el Doctor S para cuando se me manifieste alguna de las múltiples enfermedades que por genética me puede corresponder, o simplemente para saber si hay algún remedio que me permita seguir siendo lo que yo creo que soy cuando mi cuerpo ya no esté tan convencido.

¿Cómo está su memoria?, pregunta Doctor S a Abuela, quien siempre procura un tono en el que parezca que todo está bajo control cuando le responde. Y no la culpo: las preguntas del Doctor S son incómodas hasta para quienes las oímos desde nuestros treinta y tantos, porque tienen que ver con el deterioro esperado en la vejez y con su medición en el cuerpo de Abuela[2]. La primera vez que lo escuché preguntarle cuánto era dos

[2] Los Manuales MSD (conocidos como Manuales Merck en Estados Unidos) por lo general representan la norma para establecer los procedimientos en diversas especialidades, incluida la geriatría. Es Richard W. Besdine quien desarrolla el método para llevar a cabo la *Evaluación del paciente anciano* (disponible en: https://www.msdmanuals.com/es-mx/professional/geriatr%C3%ADa/abordaje-del-paciente-geri%C3%A1trico/evaluaci%C3%B3n-del-paciente-anciano): en éste se comienza por una entrevista general donde se pueden comenzar a observar algunos aspectos, como la relación con la persona o las personas encargadas de cuidar al paciente. Si, por ejemplo, identifican hematomas en áreas que el propio paciente no puede alcanzar, quemaduras extrañas o miedo al cuidador o cuidadora, existe un código de alerta en el cual el geriatra puede dar parte a las autoridades. Si no aparecen estos elementos se continúa con la evaluación, que de inicio se plantea como un proceso que lleva su tiempo (es decir que Doctor S está completamente dentro de la norma) y que debe instaurar un entorno agradable en el que haya buena iluminación y se eviten los distractores, no sólo para que se genere un clima de escucha sino de confianza.

Las etapas de esta valoración están encaminadas en primer lugar a recopilar los datos generales del paciente (anamnesis), para enseguida recabar información sobre su historia con los fármacos, antecedentes de alcoholismo/tabaquismo/drogadicción, antecedentes nutricionales, antecedentes de salud mental, estado funcional y antecedentes sociales. Esto conlleva que, sobre todo las primeras citas, en caso de que estas sean con un médico de cabecera, estén dedicadas a profundizar y tener referentes para entender la valoración física de una forma más completa. Además, el procedimiento tiene muy claro que las vías para llegar a información valiosa pueden no ser las preguntas directas ni la aceptación como verdad absoluta de las respuestas de los pacientes, quienes suelen, por ejemplo, obviar algunos síntomas por considerarlos "normales", por ser manifestaciones ya conocidas de padecimientos que antes sufrían o hasta por miedo de que su forma de responder implique perder la vida a la que están acostumbrados con un tratamiento más agresivo o con la hospitalización. Por eso es que Doctor S no se conforma con preguntar cómo está la memoria y mejor pone a Abuela a recitar su número telefónico, el nombre del presidente y la primera estrofa del himno nacional. Punto para Doctor S.

Añade esta fuente: "Los datos que pueda obtener el médico acerca de las preocupaciones cotidianas del paciente anciano, sus circunstancias sociales, su función mental, su estado emocional y su sentido del bienestar contribuyen a orientar y guiar la entrevista. La descripción de un día típico revela información acerca de la calidad de vida y la función mental y física. En particular, esta aproximación es útil durante la primera cita con el paciente. Se le debe brindar al paciente el tiempo necesario para comentar los temas que le resultan importantes. Los médicos también deben preguntar acerca de problemas específicos, como miedo a caer. La información obtenida puede ayudar al profesional a comunicarse mejor con los pacientes y los miembros de su familia. […] A menudo, ciertas claves verbales y no verbales (p. ej., la forma en que se relata la historia, la velocidad del habla, el tono de la voz, el contacto ocular) pueden ofrecer información".

Existen dos índices importantes al evaluar a pacientes geriátricos: las actividades básicas de la vida cotidiana (ABVC) y las actividades instrumentales de la vida cotidiana (AIVC). El primero se mide con un instrumento denominado *Escala de Katz*, mientras que para el segundo existe la *Escala de Lawton*. No puedo evitar imaginarme a los médicos que dieron sus nombres a estas escalas, midiendo su propio envejecimiento con los criterios en ellas planteados. ¿Podía Katz atarse los zapatos, levantarse de la cama, vestirse sin ayuda, cortar la carne y poner mantequilla al pan? ¿Era capaz Lawton en sus últimos años de hacer sus compras sin ayuda, realizar trabajos domésticos livianos, lavar la ropa sin ayuda, planificar y preparar comidas nutricionalmente adecuadas, usar el transporte público, viajar? Y me pasa un poco lo que me sucedió cuando establecí mis 30 principios del trabajo legitimado y satisfactorio (ver capítulo 1, "¿Su trabajo existe?"): ni siquiera sé si yo puedo marcar en positivo todas las casillas de estas escalas con los años que tengo actualmente.

Quizá sea cierto que no es que vayamos a envejecer algún día, sino que vamos envejeciendo, sin parar, apenas nacemos.

más dos y cuál era su dirección completa, me dieron ganas de gritarle que no fuera condescendiente, que Abuela leía muchísimo y que sus preguntas babosas ofendían a toda nuestra estirpe. Pero me calmé, para empezar porque estábamos en el consultorio y yo era la única con cara de querer matar al Doctor S, pero luego porque entendí que esa es la dinámica de un geriatra, que se tiene que asegurar. Ya luego nos ha contado historias en las que muchos ancianos se dan cuenta de que su memoria anda mal, justamente cuando ya no pueden reproducir aquello que daban por hecho. Por eso no sólo ya soy más comprensiva ante el procedimiento interrogatorio, sino que hasta estimo al Doctor S y me río de sus chistes. Que ya es mucho decir.

La verdad es que, a veces, también a mí me gustaría ponerme una buena bata y aplicar ese método interrogatorio.

Abuela, ¿quién sientes que te vigila cuando planchas hasta las carpetas que vas a poner debajo de adornos que nadie más que tú va a mirar? ¿Qué ojo implacable está sobre ti cada lunes que yo llego a las nueve de la mañana y te encuentro lavando ropa a mano aunque haga frío, aunque tengas tos, y tengo que decirte que no, Abuela, que te hace mal lavar, como si tuviera yo derecho a cuestionar tus costumbres en nombre de la prescripción de un médico que te conoció ya anciana? ¿Para quién te levantas del sillón en el que convaleces de una casi bronquitis y preparas cuatro líquidos distintos con los que tallas a conciencia dos veces a la semana un baño que sólo usas tú y que puede lavar alguien más, o no lavarse, o clausurarse porque ésta es mucha casa y tú tan frágil pero tan fuerte de tan necia? Abuela, ¿sí sabes que lo que has hecho toda tu vida es trabajo, trabajo en serio, y que puedes exigir derechos, tanto como cualquiera, lo sabes?

Preguntarle como el Doctor S, entenderla como quizá la entiende él, *di por qué.*

—¿Llora usted? —, le preguntó la vez que tuvo que ir a consulta a domicilio porque el sismo reciente en la ciudad había dejado severos daños en el edificio de la clínica. Esa ha sido la vez que más me ha sorprendido la respuesta de Abuela: sí. Sí llora, de pronto. ¿Por qué?

—Ah, pues porque me acuerdo.

—¿De qué se acuerda?

—De muchas cosas.

Esas muchas cosas son sus hermanas muertas, su esposo muerto, sus hijos ausentes y presentes, sus nietos, sus casas, sus manos llenas de artritis, sus ojos cansados, su máquina de coser que ya necesita aceite, el timbre que ya no escucha, las piernas que duelen, la mesa de todas las mañanas que la recibe con al menos dos pastillas que debe tomarse para funcionar "como se debe". Yo también lloraría, pienso. Y enseguida corrijo: también lloraré, quiero decir.

Con el Doctor S nos enteramos de que Abuela está en un gran estado de salud. Por supuesto, considerando que tiene una edad en la que muchas personas ya ni siquiera están en el mundo. Le dice que camine un poco más, que trabaje un poco menos (no lo nombra "trabajo", por supuesto, pero está siempre a punto), que por qué no se va a visitar a su hija de España y que obligue a los nietos a ayudarle, pero nos tranquiliza siempre diciendo que todo es *normal*. El Doctor S nos dota de una perspectiva que casi nunca tenemos, la de alguien que ve muchas formas de envejecer y que puede dar un veredicto alentador cuando ve unos casi noventa años que la libran bastante bien, individualmente y en comparación con otros casos. Recuerdo que la primera vez que Abuela fue con el Doctor S, cuando ya estaba a mi cuidado, me puse muy nerviosa porque sentí que sólo ahí se podría saber si estaba haciendo *bien* mis labores. Y sé que no depende sólo de mí, pero me parece justo que tengamos esa retroalimentación en la que debemos rendir cuentas con el cuerpo de Abuela ahí, en el reflector, hablando por sí mismo.

A propósito del cuerpo, en los tiempos en los que el Doctor S todavía no hacía su aparición en nuestras vidas y Abuelo aún vivía, hubo un primer signo que me hizo ver la vejez de cerca sin que pudiera evitarla. Me refiero a la cuestión de los dientes ausentes, única expresión de vejez con la que no me siento cómoda, ya que estamos en confesiones. Nunca Abuela me parece tan anciana como cuando la veo y escucho hablar sin dentadura; hasta entonces siento que todos los años son una realidad y se me vienen a la mente las representaciones caricaturizadas de los ancianos. Es un problema absolutamente mío, lo sé, y es absurdo que lo tenga porque, en cuanto Abuela se pone sus dientes postizos, me vuelve a parecer fabulosa, la de siempre. Qué vergüenza. Necesito que si para algo va a servir poner todo esto en palabras, sea para expulsar ese prejuicio venido de no sé dónde sobre las dentaduras postizas: que no son sino herramientas lógicas y legítimas en un mundo dedicado mayormente a la destrucción de nuestra osamenta, especialmente de la que enseñamos al sonreír.

Lo cierto es que no puedo imaginar qué significa estar en el cuerpo de Abuela y debo decir que ha habido muchos momentos en los que me sorprende. Me sorprende ella, su fortaleza física y su creatividad al resolver ciertas limitantes, pero me sorprende también mi prejuicio galopante de afirmar que no puede hacer tal cosa que sí puede. Quizá con trabajo, pero puede, y de pronto hasta sin tanto trabajo. La percepción que tenemos de la vejez resulta a veces una trampa terrible por la que se filtran un montón de ideas agresivas hacia los demás. Durante muchos años se afirma que las

personas están incapacitadas para tal o cual cosa por su juventud, y no se les deja en paz los suficientes años hasta que se les comienza a decir que ahora la incapacidad viene de la senectud. Estamos hablando de personas con más vida inútil que "vida útil" y esas personas somos todos nosotros. Que comience el duelo de dentaduras.

Pero no todo está perdido cuando la belleza de la vejez está acechando a la vuelta de la esquina, lista para maravillarte. El día que operaron a Abuela de cataratas, por ejemplo, me quedé esperando en el *lobby* del pequeño hospital hasta que el Doctor J, su oftalmólogo, salió a decir que había sido una intervención difícil pero que "dios había estado de su lado". Eso no tiene nada que ver, pero necesito consignar en alguna parte tamaña declaración. Lo que seguía, continuó, era la recuperación; ya se sabía que era un periodo complicado, pero los integrantes de la red de cuidados nos habíamos preparado mentalmente. Una enfermera salió poco después a decirme que si podía ayudar a Abuela a prepararse para salir y eso implicaba que la ayudara a vestirse. Yo tenía muchos nervios, como supongo que también ella, porque el cuerpo de una abuela es un tabú, y no sé si por esos nervios fue que se las arregló para que cuando yo entrara ya tuviera puesto un fondo ligero pero fondo al fin, uno de color muy claro que hacía una imagen realmente preciosa en el cuerpo vitalísimo de Abuela.

A lo que me refiero es a que su piel, la piel de sus brazos, su cuello, su escote, era una piel realmente espléndida y hablo en términos tanto afectivos como de canon de belleza occidental, de anuncios de Dove, de *porque yo lo valgo*. Era una piel sorprendente y me da vergüenza decirlo así porque se entiende que yo me esperaba otra cosa, otra piel tan distinta a ésta, que era tan tersa, tan cuidada, tan suave. No había en ella indicios de arrugas tan graves como los que ya me había imaginado, para los que ya me había preparado. Era una textura que parecía atemporal y que me conmovió. Me quedé absorta algunos segundos que quizá no se notaron o quizá sí, cómo saberlo, hasta que tuve que intervenir en lo que se me necesitaba. Pero desde entonces, no pienso más en la piel de Abuela como un cascarón frágil, ni siquiera viejo, sino como un cobijar hermoso. *Abuela, ¿me dejas decirte lo bonita que eres?*

VI

Qué pasa con la voz

No imagino a Confucio joven y tampoco lo imagino callado. La figura del anciano venerable es un prototipo que para existir, debe articularse en masculino: varones que envejecen *bien* y que adquieren un prestigio de tal envergadura (*autosic* con todas las de la ley) que pueden llegar a cualquier lugar y no sólo son muy reconocidos, sino muy escuchados. Mis abuelos varones, por ejemplo, respondían a ese esquema o por lo menos lo intentaban mientras yo los escuché, a uno hasta que murió y al otro hasta que dejé de verlo. Pero alrededor de mis abuelas, una con la que paso la mitad de mi semana y otra que no veo desde hace ocho años, jamás recuerdo un círculo reunido para celebrar sus grandes frases, ni puedo evocar algún momento en el que hayan tratado de dar lecciones grandilocuentes a nadie.

De Abuela sé de cierto que no fue educada para ser un Ancianovenerable. Incluso, me parece que no pensó nunca en la vejez y por eso ahora cuesta tanto que *se deje cuidar* y que entienda que si le dieron una casa no es para que demuestre que la puede tener brillando de limpia. Me parece más fácil que un Ancianovenerable se permita ser "improductivo" a que Abuela perciba el impresionante aparato de cuidados que dos de sus hijas han dispuesto para ella, o que escuche al Doctor S cuando le dice que no se le ocurra usar productos de higiene doméstica porque sus bronquios no resisten los olores fuertes.

Aun así, debe hacerse escuchar. Y el método que ha encontrado para ello va a quedar para siempre grabado en alguna parte de mi memoria intelectual o sensitiva, porque es uno de los grandes hallazgos y uno de los grandes avances, en cuanto a mi entendimiento de Abuela se refiere. Estoy hablando del día en el que descubrí que esta señora con la que paso al menos una cuarta parte de mi semana inglesa, que esta anciana de piel preciosa y humor agudo que llamo Abuela, tenía entre sus virtudes el místico y poderoso don de la ventriloquía.

Anexo 2. De cómo Autora se dio cuenta de la ventriloquía de Abuela

Como todo lo que vale la pena, esta historia comienza con tinga de res. En una de sus cavilaciones recurrentes sobre aspectos vitales del universo, Autora se dio cuenta de que siempre que iba a comer quesadillas o tacos de guisado, tenía preferencia por la "deshebrada de res" o "tinga de res", pero que nunca en su vida la había cocinado, muy probablemente por su eterno respeto a la olla exprés y su ignorancia acerca del tipo de carne usada en la preparación de ese platillo.

Entonces hizo lo que toda mujer deseosa de aprender hace en estos casos: preguntó a su abuela.

—Abuela, ¿cuál es la carne con la que se hace la tinga de res? La quiero hacer el fin de semana.

Era viernes.

—Ah, mira, pues voy a ir con tu mamá al súper mañana y compramos la carne para hacerla aquí el lunes.

Era un gran plan.

Llegó el lunes y, efectivamente, el paquete de falda de res estaba ya en el refrigerador. Abuela cumplió a la perfección su papel de gurú culinaria y Autora logró vencer otro pasito más su fobia a la olla exprés[3] gracias a

[3] La historia de las ollas exprés está llena de sucesos que sustentan la desconfianza, aunque quizá sea mejor llamarla instinto de preservación, que Autora manifiesta hacia tal especie. Oficialmente está consignado que el físico e inventor francés Denis Papin (1647-1712) presentó el prototipo de *digesteur,* la olla de presión primigenia, ante la Real Sociedad de Londres en 1681 y que gracias a ello fue aceptado en las filas de tan prestigiada academia, pero que "curiosamente" su popularización se dio hasta el siglo veinte. Esos tres siglos de silencio no tienen nada de curioso ni de casual: la trayectoria negra de las ollas exprés comienza bien pronto, en la misma época en la que Papin decidió que era tiempo de buscar una solución para que la cocción de alimentos difíciles consumiera menos tiempo y menos energías.

Existen también algunos rumores de que el propio Papin fue víctima de su obsesión por la presión y el vapor y de que eso fue lo que lo llevó a la muerte. Ninguna de estas afirmaciones han sido confirmadas y probablemente nunca podrán serlo, dadas las imposibilidades históricas para cotejar los registros y las descripciones; pero existe un documento de octubre de 1712 que da cuenta de un accidente doméstico que costó la vida de un hombre de ciencia y dos mujeres, en condiciones que podrían hacer pensar que fue el inventor de la olla exprés la primera víctima de su propia creación. No sería el último.

Curiosamente, son los archivos clericales los que mayormente guardaron registros de incidentes violentos verificados en los cuales la olla exprés tuvo un papel protagonista. Debido a que la gravedad de las heridas y la falta de comprensión del vapor no tenían un mecanismo de socialización legitimado, generalmente las víctimas o sus familias acudían a la religión como forma de contención emocional y denuncia o petición hacia la autoridad, en este caso los santos, vírgenes o directamente Jesucristo mediante los sacerdotes. Así se ha tenido noticia de algunos accidentes de diversas índoles con documentos probatorios tan perturbadores como, por ejemplo, placas de yeso en las que pueden verse las deformaciones causadas por una explosión de este tipo en el rostro de una cocinera de casa rica.

Hasta el día de hoy, la iglesia de Nuestra Señora Aparecida, ubicada en la ciudad brasileña de Aparecida, es una de las fuentes más importantes para quienes rastrean la influencia que estos enseres domésticos han tenido en el espacio privado y sus peligros nunca normados. En las instalaciones de este templo existe una sección entera dedicada a albergar los exvotos de todas las personas que se han salvado de morir en algún accidente que involucra una válvula mal puesta, un cierre deficiente o una apertura demasiado temprana. Brasil, por cierto, es uno de los países más entusiastas respecto al uso de la olla exprés.

Es posible que la amenaza galopante que significan las ollas exprés para la integridad humana se deba a un principio, también humano, de que nada que guarde presión por mucho tiempo puede mantenerse estoico, pues no hay válvula que contenga intensidades internas a partir de ciertas magnitudes. Existe una carta de Lord Thomas Reinfeld, miembro de la Real Sociedad de Londres en el tiempo en que Papin presentó el prototipo de la olla de presión, donde cuenta a su médico, Sir Philip Malone, que durante la presentación hubo algunos escépticos que cuestionaron las formas, los propósitos y los riesgos del invento en cuestión. Uno de ellos, cuyo nombre ha sido tachado del documento, no se sabe con qué fines, preguntó a Papin si se daba cuenta de los riesgos que significaba comercializar un dispositivo en el que se guardaran explosiones inminentes y comparó el invento del físico francés con el caso de Andrew Brewer, un hombre aparentemente inofensivo, que hacía apenas unas semanas había asesinado a dos panaderos por un desacuerdo en el precio del pan que llevaba a su familia. Las indagaciones policiacas dieron cuenta de que este hombre provenía de un contexto que le generaba una enorme carga, ya que tenía deudas, trabajos pendientes y muchas bocas que alimentar, por lo que el cuestionamiento a Papin estableció esta analogía, aún vigente, de que someter cualquier materia a demasiada presión puede tener consecuencias realmente lamentables.

En 2011, Al Qaeda se las arregló para lanzar un sitio en internet cuyo propósito era instruir a posibles terroristas y en él publicó un texto titulado "Haga una bomba en la cocina de su madre", en el que se explicaba, paso a paso, cómo usar ollas de presión con fines deliberadamente explosivos. La premisa establecida por la organización era que nadie sospecharía de una persona que comprara estos enseres en una tienda física o en línea, y que todos los espacios dispuestos para esta preparación se circunscribían en el ámbito doméstico, siempre amable y complaciente hasta con el terrorismo en ciernes. Después de alabar la efectividad de la olla exprés para hacer "una sencilla bomba", el artículo en cuestión describía que sólo se necesitaba azúcar, fósforos, clavos o perdigones, pólvora y un simple proceso, cuyo único paso remotamente complicado era la creación del detonador con el filamento de un foco normal

las buenas artes de su cuidada cuidadora, quien llevó la batuta a la hora de verificar el momento exacto en que la válvula "empezó a bailar" y de contar el tiempo para que la carne alcanzara su perfecta cocción. También fue Abuela quien apagó la lumbre, dispuso el espacio para que la olla reposara y la abrió después de que se hubo enfriado, no sin burlarse de la mirada temerosa de Autora, quien guardaba la debida distancia mientras ella ejecutaba tan riesgosa operación. Valiente cuidadora.

Autora hizo el resto del trabajo: deshebró la carne, preparó el guisado y fue la primera en degustarlo. Sabía exactamente como en los puestos de quesadillas. Como debía irse temprano ese día, dejó el guiso para la hora de la comida, en la que se reuniría la familia casi completa.

---

y un reloj. Según el texto, la manufactura de la bomba llevaría apenas un par de días y era capaz de matar "hasta a 10 personas" con menos de 100 dólares de inversión.

Con el atentado ocurrido en el maratón de Boston el 15 de abril de 2013, la alarma por las consecuencias de este artículo se colocó en grado máximo. Al parecer, los hermanos de ascendencia rusa a quienes se acusó por este acto terrorista estuvieron buscando ollas de presión en internet antes del atentado, para fabricar las bombas que asesinarían a cuatro personas y causarían heridas de diversas gravedades a 260 más. A tanto llegó la paranoia, que en agosto de ese mismo año, Michele Catalano, residente de Long Island, recibió la visita de seis oficiales que tenían una orden de cateo para asegurarse de que no era una terrorista, pues había estado buscando ollas de presión en tiendas en línea y su marido había dejado abierta una búsqueda de mochilas de buen tamaño en la computadora de su trabajo, por lo que su jefe alertó a las autoridades.

Pero no es necesaria una intención asesina para que una olla exprés traiga dolor y desesperanza. En cada familia hay una historia terrible como la del afamado Doctor Guerra, quien en un domingo de toros abrió la olla que llevaba horas reposando, sólo para que le explotara en cara y cuerpo todo el caldo tlalpeño, causándole quemaduras de segundo grado y todo porque algo había obstruido la válvula y la presión no había sido aliviada; o la de la tía Soledad, que recién casada no supo advertir las señales de que el dispositivo aún no estaba listo para ser destapado y terminó con un flan napolitano en el techo y su autoestima en el suelo.

Es preciso decir, sin embargo, que el tiempo que ahorra una olla de presión puede variar desde una cuarta a una tercera parte de lo que tardaría una cocción en métodos tradicionales que involucran recipientes con una base metálica. La diferencia con materiales como el barro se exponencia hasta puntos increíbles: un kilo de frijoles puede tardar hasta cuatro horas en cocerse en olla de barro, mientras que en olla exprés la misma cantidad puede tardar media hora en estar lista. Hay que decir que, como en todo lo relativo a lo doméstico, existe un criterio subjetivo manifestado por algunas personas (en especial del género masculino) que aseguran que el sabor de los alimentos cocinados en métodos tradicionales es *mejor* que el de los procedimientos diseñados para acelerar su preparación, como la olla exprés, el microondas, etcétera. No existe realmente una unidad de medida para tales aseveraciones, por lo que hacen pensar que quizá el tabú de la olla exprés venga de esta idea mal entendida de que en el contexto doméstico, la rapidez y la explosividad serán siempre satanizadas.

Pero al día siguiente, cuando Autora llegó preguntando si a todos los comensales les había parecido una delicia el reciente menú, jamás imaginó la respuesta que la dejaría helada: "Uy, si casi no comieron", dijo Abuela, y seguramente un tercero que fungiera como espectador habría podido ver claramente la progresión de la tristeza en el rostro de Autora mientras se pronunciaban estas palabras. "Yo creo que ya no vamos a hacer porque dijeron que no les gustó", fue el remate.

Ese mismo día por la tarde, a la hora de la comida, Autora no pudo contenerse y en un momento a solas con su progenitora preguntó por qué no les había gustado la tinga de res. Madre se quedó perpleja: "Sí nos gustó, hasta nos servimos dos veces, es tu abuela la que no puede comer carne de res porque le parece muy dura". Misterio resuelto.

Autora recapituló: ¿cuántas veces había escuchado a Abuela afirmar algo tajantemente a través de otro para decidir alguna cosa? "Ya ves que a tu mamá no le gustan los nopales", "me dijo tu tío que no usáramos ese limpiador", "escuché en la televisión que no se debe hacer tal cosa". Era perfectamente plausible que si alguien le hiciera al Sherlock Holmes y siguiera el hilo de cada una de estas afirmaciones, hasta llegar a su supuesto origen, se encontraría con un paso en falso tras otro. Madre jamás habría blasfemado contra los sagrados nopales, Tío Ausente sólo habría comentado inintencionadamente algo acerca del aroma de un mueble y aun cuando Televisión se la pasa diciendo qué hacer y qué no, bien podría no haber dicho nada sobre el asunto en cuestión. Esta voz desdoblada, cuyo significado profundo aludía a una voluntad que necesitaba legitimarse, pero sólo podía hacerlo a través de otros (aunque para ello mediara la ficción), ascendía a la categoría de mecanismo y era un mecanismo construido desde hace quién sabe cuánto tiempo.

Y Autora fue más allá, porque incluso para articular una decisión, pensó, Abuela acude a la ventriloquía. En el mercado sobre ruedas de los miércoles necesita decirse, discutirse, convencerse, cada vez que se enfrenta a la disyuntiva de comprar tal cosa o tal otra, y expresa hacia afuera enunciados completos que sólo alcanza a escuchar ella, pero que sin duda la dotan de seguridad al momento de elegir entre ir al puesto de pollo o al de pescado. También habla cuando lava los trastes o la estufa, incesantemente, sin que nadie pueda alcanzar a escuchar qué se dice a sí misma, más que ella. Podría ser esa la voz que aprendió a activar para autoafirmarse desde otros sujetos que hablan por ella; podría ser que esa voz desdoblada le esté planteando una interlocución interior cada vez que necesita resolver algo, porque la tradición le ha puesto enfrente todo el tiempo que siempre ha-

brá otras voces que decidan por ella y necesita rebelarse ante eso. Autora piensa, entonces: me encantaría que Abuela no tuviera que usar ese recurso para expresar su voluntad, pero también me encanta que haya tenido la creatividad para llegar a él y hacerse escuchar.

Y Autora lo sostiene incluso ante esa otra forma de ventriloquía que se da cuando Abuela no puede hacer algo, lo sabe y articula oraciones en las que aparentemente ella misma es la sujeta, pero que en realidad son órdenes para Autora. Como el día que a Abuela le diagnosticaron un fuerte problema en los bronquios y le prohibieron cocinar cualquier cosa, pero seguía diciendo durante el desayuno: "Hoy voy a hacer un molito". Y Autora se quedaba confundidísima porque todos sabían que Abuela no podía cocinar nada, hasta que entendió que la que tenía que hacer el molito era otra, ella misma; y tuvo que aprender a negociar cuando, por ejemplo, tenía que ponerse a escribir este libro y Abuela decía: "¿Y si *hago* un chilito verde con verdolagas?". Autora respondía: "No, Abuela, hoy no puedo", y se entendían.

—Entonces otro día lo hago.

—Sí, otro día lo haces, Abuela.

Frente a la ventriloquía, sólo queda confrontar o seguir el juego. Y después de mucho pensarlo, de mucho cansarse y de mucho gestionar, Autora ha decidido que elige, una y mil veces, jugar con Abuela a que escucha y obedece a los muñecos como si no mirara a la ventrílocua.

VII

De la cuestión, estado

Desde que los cuidados de Abuela dejaron de ser un asunto sólo suyo, mi familia es un pequeño gobierno. Se podrían decir muchas versiones sobre la función que cada quien asume y se podrían llenar tratados acerca de los poderes codiciados por quienes no los tienen, pero la verdad es que por lo bajo, y por lo alto, sabemos que es Madre quien está a la cabeza. Afortunadamente, y con méritos propios (porque las diosas saben que su contexto no le ayudó a aprender esto), ella ha asumido el mando mientras da cátedra de sabiduría y los demás respiramos con tranquilidad a partir de ello. Abuela, para empezar, aunque quizá si le preguntamos a qué debe ese respiro no sepa identificar cabalmente el origen.

Mi familia es un pequeño gobierno, pero eso es sólo un decir. Parecemos funcionar así, con programas y políticas emergentes que instauramos cuando necesitamos que algo suceda en torno a Abuela: tenemos juntas, solicitamos o destinamos recursos, somos empleadas y empleadores, nos precarizamos mutuamente, reconocemos injusticias, rendimos cuentas, peleamos por derechos. Pero aunque a nosotros nos parezca que al interior de este microsistema hay mucho movimiento, mucho ruido y mucho conflicto, lo cierto es que somos un circuito cerrado que jamás sale a lo público. Y con eso cuenta el sistema real, el grandote, el que debería estar haciéndose cargo de dotar de herramientas suficientes para resolver los cuidados en las comunidades que le financian la estructura.

Abuela tiene una tarjeta de despensa con una renta mensual que le otorgó la administración de un célebre jefe de gobierno, acusado en varias ocasiones de *paternalista,* porque cuando ese asunto tan serio de la política pública se encarga del espacio privado, sea como sea, adquiere un saborcito dulzón que los muy críticos equiparan con el funcionamiento de una familia. Y también los no tan críticos, si pensamos que cada vez que Jefedegobierno se refería a los destinatarios de ese programa que consignó recursos para que las personas envejecidas tuvieran una cierta capacidad adquisitiva asegurada cada mes, les llamaba "mis viejitos". Tan simpático él.

El discurso político alrededor del espacio doméstico y de las labores de cuidados es en general un discurso dulzón, inflado, tangencial y blindado ante la crítica. Es decir, una garantía de invisibilidad. Cada cierto tiempo, cuando se reparte un recurso disfrazado de dádiva bondadosa o se conmemora una efeméride como el día de la madre o del abuelo, los Jefedegobierno salen a decir que admiran y reconocen a quienes ejercen estas labores (en Estados que no las incluyen dentro de sus políticas públicas), que qué haríamos sin las benditas mujeres (en Estados feminicidas), que sigamos así tan trabajadores, creativos y luchones (en Estados precarizados). Y mientras la grandilocuencia siga encapsulando entre paréntesis irrompibles todas esas escandalosas omisiones, se seguirá tendiendo a considerar despolitizado lo que sucede en nuestros espacios privados, cuando bien sabemos que nada está más lejos de la realidad.

También en las micropolíticas públicas de mi familia existe, a su manera, ese discurso. Por ejemplo, cada vez que yo me siento invisibilizada como trabajadora doméstica y de cuidados, lo hago saber con frustración y recibo a cambio alguna prestación afectiva o material que intenta solventarlo: mi cuota de paternalismo, aunque en un ámbito en el que supuestamente esa debería ser la lógica y la ley. Y quizá resulte comprensible que la dinámica familiar se preste a ello, porque nos han dicho toda la vida que los parentescos se tratan de cariño y que los poderes que de ellos emanan están revestidos de un amor puro. El punto aquí es que no se puede ser indiferente al mecanismo perverso que replica este sistema privado, pero no toma en sus manos las responsabilidades derivadas de ello en forma de política pública, sino que cuenta con que se harán cargo quienes las enfrentan en sus espacios más íntimos y, por lo tanto, no tienen de otra.

Porque Abuela no es de Jefedegobierno ni de los programas de Estado: Abuela es "nuestra", la viejita de esta familia que necesita crearse una estructura donde nunca antes la hubo, sin los recursos con que sí cuenta el Estado.

Dice Fuente Cuatro que los programas asistenciales para adultos mayores necesitan revisarse pero no desaparecer, puesto que son la vía para que los destinatarios sean sujetos políticos, agentes y estrategas de sus propias realidades materiales. Por eso, cuando se habla de la participación del Estado en los espacios tradicionalmente privados no se está diciendo que los sujetos a los que se destinan sean pasivos o que nos olvidemos de colectivizar, sino al contrario: necesitamos que los recursos, herramientas y espacios públicos sirvan a las necesidades reconocidas por las comunidades acotadas que soportan y hacen funcionar los macrosistemas en todas sus formas.

Cuando Jefedegobierno se postuló para la presidencia, Abuela declaró enseguida que votaría por él con el único argumento de que "gracias a él" tiene una renta mensual que le permite sentirse parte activa del microgobierno erigido alrededor suyo, con el añadido de que en su campaña para presidente prometió que la cantidad de esa renta mensual crecería si resultaba electo. Abuela no puede disociar a la persona de la dádiva porque el discurso oficial no se cansó de repetirle que era un gesto excepcional y le debía gratitud, así de perversa funciona la política cuando se cruza con el cuidado; pero al mismo tiempo le son invisibles los esfuerzos individuales de Madre y sus subsecretarias de lo doméstico por proveerle bienestar y agencia sobre sí misma. Madre, la Jefadegobierno del espacio privado, no tiene manera de capitalizar políticamente su gestión porque lo que se hace a puerta cerrada no debería escatimar en sacrificio, nos dicen. Y además, existe la horrible sensación de que no importa cuánto afecto, dinero y trabajo se invierta en el cuidado de "los nuestros": nunca va a ser suficiente. Me pregunto si a algún Jefedegobierno también le quita el sueño ese pensamiento.

VIII

Cuidador cuidado

Quien cuida no tropieza. No falta, no se enferma. Quien cuida va mirando hacia abajo para advertir los pliegues más pequeños del asfalto, porque cuidar es ver peligros en todos lados y es cierto que en todos lados hay peligros, hasta adentro de lo cuidado. Quizá por eso el grito de batalla en el español (al menos en el mexicano) para cuando vemos que alguien está a punto de ponerse en riesgo a sí mismo invoca a esa palabra que pone de inmediato en alerta: ¡CUIDADO!, exclamamos justo en el momento en que pensamos que podemos evitarle a alguien un mal rato. A veces también lo decimos una vez que ese mal rato ha ocurrido, como para recordar que ahí donde hubo ese vacío de bienestar debió estar su procuración, que los riesgos acechan, que no lo olvidemos.

El oficio de cuidar se trata de traer a la escena todo esto de qué significa el bienestar y cómo podemos procurarlo en un cuerpo que no es el nuestro pero de algún modo está a nuestro cargo, lo que a veces significa que está a nuestra carga. Es un trabajo extraño porque se nota solamente en algunos gestos: poner las pastillas en el plato junto al yakult ya abierto, saber dónde están las llaves, estar atenta a la pantalla del banco para cuando sea el turno de pasar a cobrar la pensión, llegar antes o permanecer después del horario más o menos establecido cuando se requiere, hacer curaciones si hubo una cirugía, administrar medicamentos si es el caso, atender la puerta y el teléfono, trapear cada que se acostumbra y con el método que se acostumbra, hacer como que qué alegría cocinar todos los días para que no parezca que se siente una obligada, dar el brazo para cuando se sale a caminar y ponerlo fuerte para que sea un real asidero, ir viendo el suelo con la mayor atención y adelantarse al mínimo desajuste porque una caída no nos conviene, ahora menos que nunca. Y estar, estar ahí, para prácticamente lo que sea.

Son gestos específicos que justifican llamar ¡"CUIDADO"! a esto que hago yo y que hacemos tantas personas, remuneradas o no. Y es un conjunto de labores del que normalmente no se habla y que, por lo tanto, sor-

prende en toda su complejidad cuando se ejerce en mayor o menor medida, porque a veces es sublime, pero otras resulta terrorífico; a veces parece de lo más fácil, pero otras parece que nos exige imposibles. También puede pasar que nos lleguemos a sentir indispensables y que tengamos que venir a escribir un libro para recordar que una cosa es nuestra experiencia personal y otra muy distinta que seamos los superhéroes que el mundo esperaba, como si la persona que cuidamos no tuviera una historia por sí misma y una capacidad de decisión que existe con, sin y a pesar de nosotros.

Hubo un momento en el que tuve que comenzar a pensar en ello porque empecé a sentirme extraña al cuidar, aunque no sabía decir muy bien por qué. Coincidió con que estaba preparando un curso al respecto, así que un buen día me topé con un video que hablaba de cierto síndrome que yo no conocía pero que me dio un nuevo filtro para ver y verme. Saber que ese síndrome se encontraba nombrado desde la teoría, y hacer el ejercicio inicial de probar a ver qué tanto me sentía identificada con él, fue algo que me dio mucho miedo y mucha pena, simultáneamente. Porque aunque se puede encontrar bajo el término simple de "síndrome del cuidador", es más común que sea llamado "síndrome del cuidador quemado". Dice Fuente Cuarenta y Dos:

> Es habitual que el propio cuidador no llegue a ser consciente del debilitamiento emocional y físico que está sufriendo. De hecho, es muy común ver cómo el dependiente goza de un adecuado bienestar y una buena salud dentro de sus limitaciones, mientras que el cuidador ha adelgazado, sufre problemas de espalda, cansancio crónico, ataques de estrés y, muy habitualmente, hasta una depresión encubierta.

Ni cómo adivinar cuáles de los síntomas puntuales del síndrome se deben a los cuidados y cuáles a otras muchas razones laborales, económicas, sociales y emocionales que también aquejan todo el tiempo. Pero que de repente se me apareciera esta información me descolocó de cierto modo, aunque también me hizo sentir legitimada en una serie de sensaciones que ahora podían tener un nombre y una solución.

Los miércoles son días rituales como ningún otro en casa de Abuela. Mi labor consiste en preparar todo para desayunar, platicar con Abuela, lavar los trastes, hacer el aseo de ambas plantas de la casa y enseguida disponerme a acompañarla al mercado sobre ruedas que constituye su única salida segura, en la que ella es ama y señora de su casa y decide, elige, platica, resuelve, paga, regatea, reclama y solicita. A ella le encantan esos días

y hace todo con una parsimonia especial, de modo que mi primer síntoma de alarma interior fue que un buen día sentí como si aquello fuera demasiado. De inmediato se me activó esa vocecita interior que me regaña cada vez que pienso o considero algo que me parece imperdonable, y me dijo que ni que fuera para tanto el cansancio. Pero hasta la vocecita tuvo que admitir que esta clase de cansancio era uno que no conocíamos, porque implicaba orientar todas las energías a una dinámica en la que teníamos que estar siempre preparadas para ser necesarias, siempre en función de otra persona. Esto significa prepararse hasta para lo peor y no dejar de estarlo ni pensarlo, aunque jamás pase. Y acordé con mi vocecita que sí, por favor, que me regañara en cuanto apareciera cualquier viso del síndrome, pero que también me echara la mano, que era mi primera vez y que censurarme tampoco nos servía de nada, ni a ella ni a mí.

Hay días en los que la vocecita ni aparece y soy la más feliz de pasar horas cocinando, de ir a los mandados y de trapear con los clásicos del rocanrol de Radio Felicidad al fondo. Pero a veces vuelve esa sensación, ya sea porque no dormí bien, porque me lastimé haciendo ejercicio, porque estoy presionada con el trabajo *freelance* o porque tengo que terminar este libro hoy mismo o algo grave va a pasar, y entonces me siento a las puertas del síndrome. Intento que Abuela no lo note, pero ni cómo saber si logro controlarlo del todo. Me dan ganas de pedirle disculpas, de decirle que a mí nadie me enseñó cómo cuidar, *no así*, pero no es posible porque una parte fundamental de nuestra relación es que no se diga que esto que hago es un trabajo. Yo estoy con ella por las mañanas, yo la ayudo en los quehaceres domésticos, a mí me gusta cocinar, yo desayuno y, a veces, también como ahí, yo hago mis otros trabajos en ese espacio, yo estoy para cualquier cosa que se ofrezca: ese es el discurso oficial, el mismo que permite a Tía Empresaria, Tía Lejana, Tío Ausente y Tío Jubilado no considerarme una cuidadora a la que remunerarían sus labores.

Soy de la familia, y una vez más, el parentesco resulta un aliado de la invisibilización y del silencio que no permiten hablar de todas estas cosas. Es como cuando la trabajadora doméstica o la cuidadora profesional son despojadas de algunos o todos sus derechos bajo el argumento de que "son como de la familia", con la diferencia de que yo sí soy de la familia y permuto mis derechos laborales por la conciencia de que el espacio en el cual trabajo es un espacio amoroso, que la remuneración económica y afectiva de Madre, Tía Migrada y Abuela realmente me significa mucho más por venir de ellas y que mírenme, hasta estoy escribiendo un libro sobre eso.

Y con todo, no es que no vea la enorme responsabilidad que tengo encima cuando me asumo cuidadora, porque es para tomarse muy en serio.

La fragilidad emocional de las personas envejecidas es un dato duro, pero proviene de tantas trincheras que lo único que puedo hacer como la acompañante de una de ellas es cobijarme en los buenos momentos y estar totalmente consciente de que mi ánimo interfiere directamente con su ánimo, por lo que un gesto o una entonación mal puesta puede sonar a una dureza que jamás quisiera usar con alguien a quien amo tanto. Esa es la diferencia de mi síndrome de agotamiento al cuidar respecto a todos los otros síndromes de los trabajadores precarizados: mi trabajo es un asunto que me agencio completamente porque hay afectos muy grandes de por medio. Como en las películas de matones, llego al punto en el que declaro: esto ya es personal, y no me da miedo que lo sea. Síndromes más, síndromes menos, ya nos haremos cargo.

IX

Escribir y cuidar

Intentar escribir un libro es intentar aislarse del mundo para recrearlo bajo ciertas lógicas que se trae una entre manos. Una sabe de esas lógicas, se las saborea, va hablando de ellas por la calle y se las platica mientras se baña. El problema es el tiempo, no sólo hacerse de él, sino invocar a todas las diosas para que cuando al fin esté Una frente a la computadora, o con un lápiz y papel a la mano, no pase lo que suele pasar: que el momento anhelado se arruine por demasiado cansancio, por la mente en blanco, por el mal ánimo o por cualquier alfiler desprendido en el parche delgadito que es la estabilidad mínima necesaria para articular palabritas que forman enunciaditos y que con suerte forman, a su vez, ideítas.

Escribir este libro es, necesariamente, escribir la historia de cómo ha sido escrito este libro. Cada dificultad encuentra aquí su cauce, cada descubrimiento es un capítulo menos o un capítulo más, según el caso. Ni en las fuentes, ni en mi experiencia he encontrado nada que diga que el cuidado es un tema de conclusiones, sino todo lo contrario, y eso que he buscado desesperadamente algún modelo, alguna cristalización, algún sofisma que me permita pensar que este vértigo que siento puede tener final. No es así: el vértigo sólo pinta para seguir creciendo. Además mi propia acumulación de años me hace querer parar el tiempo y ubicarme en algún sitio en el que pueda pensar mi vejez de una manera más promisoria que lo que veo en Abuela. Pero no existe ese sitio.

Regreso al inicio. Intento volver a marcar las respuestas de mi propio capítulo 1 para que ahora sí pueda juntar más de cinco, al menos. Hago trampa: bueno, a lo mejor sí es posible decir que mis patronas son Madre, Tía Migrada y Abuela, que son quienes me remuneran; a lo mejor sí puedo decir que existe una rutina específica para mi trabajo, a lo mejor. Pero pronto las certezas anheladas se destruyen, no es posible aseverar nada en un contexto en el que tampoco nada está seguro, más que la convicción de que necesitamos estar ahí para buscar en nuestros propios recursos las

formas de cuidado que podemos ofrecer para solventar necesidades en una mujer que ha ido perdiendo agencia sobre sí misma, pero que también ella necesita buscar en sus propios recursos las maneras de adaptarse a lo que podemos ofrecerle. Porque cuidar es también recibir cuidados.

Lo cierto es que todo urge más que este libro que no se deja descubrir, parece. Le escribo a B un día de angustia porque no he logrado terminar ni el capítulo uno después de semanas. Le digo textualmente: "La cosa es que no sé si el mundo no se calla o yo no quiero dejar de escucharlo, pero estas semanas han sido tortuosas: el trabajo doméstico no me ha dejado un respiro porque la casa no puede parar (no sé por qué), hay que preparar un montón de cosas, tengo cinco trabajos adicionales y algunos otros que no me remuneran, y ando batallando con la sensación de que más que hostil, mi entorno es altamente exigente. Y cuando digo: TENGO QUE ESCRIBIR, como que hay un reducto que se queda abierto para que haya quien no considere eso una razón de peso para retirarse, para no pedirme cosas, no sé. Hasta que chillo y hago drama es cuando parece que el afuera hace *mutis* y deja de requerir mi atención, pero después de explicaciones desgastantes, límites expresos que me dejan exhausta, tan exhausta que luego ya no quiero escribir cuando al fin tengo tiempo, sólo echarme a dormir o a ver el techo. Y entonces pienso en mi propia agencia y no sé si me estoy autoboicoteando y enviando dobles o triples mensajes para que justamente sienta que no puedo escribir porque el mundo me necesita más que el libro".

"Hasta que chillo y hago drama", repito, ¿y no es ese mismo el principio de escribir? Es decir, poner deliberadamente, frente a todos los ojos posibles, algo a lo que hemos llegado y necesitamos que otros lleguen. También es un lujo, eso, y es divertidísimo. Me prometo no revestirlo de melodrama en lo posible, o no mientras esté frente a la pantalla en la que voy desenredando todas las palabras que he ido acumulando minuto a minuto durante tanto tiempo. Sería hipocresía no decir que lo disfruto, que cuando encontré el título perfecto me emocioné, que cada capítulo que imprimo me pone eufórica, que me siento orgullosa de mis pies de página, que me parece un logro haber peleado por el tiempo y el espacio para comenzar un proyecto que sí voy a terminar. Por primera vez en mi vida. Quizá esto sí sea una beca de escritora después de todo, como dice Madre cada que conceptualiza mi trabajo de cuidados. Porque es cierto que hay un agotamiento feroz y que es un ámbito invisibilizado, pero también lo es que nunca en mi vida había visto lo que veo ahora, ni había estado lista para decirme tanto como en este instante en el que he encontrado voz para que

esta puerta cerrada desde la que escribo pueda abrirse siempre que me parezca urgente.

Por eso no dejo de escribir. Pese a que en el ínter Abuela enferma y me toca asumir funciones emergentes, pese a que cuando ya por fin voy avanzando muere L, abriéndome un archivo de emociones irresueltas, pese a que aumenta el trabajo remunerado, pese a que debo decirle a J que me es imposible platicar con él o verlo aunque me muera de ganas, pese a que no hay nadie más que yo diciéndome que esto debe ser terminado, pese a que en demasiados momentos siento que ya no doy más, pese a que dudo todo el tiempo de lo que acabo de escribir y pienso si no será mejor dejarlo para después que esté "más preparada", pese a todo eso y mucho más, hago caso a lo que AR y B me han dicho en momentos clave: escribe, sobre todo cuando creas que ya no das más, porque eso nunca es cierto.

Y un buen día, esto ya es un libro. Me permito un baile.

x

Levántate y anda

Me avisaron que había muerto un viernes, día de trapear. Yo acababa de secar las escaleras cuando hice una pausa para revisar mi teléfono (estaba chateando con J sobre las canciones que se llevaría a su vejez[4]) y encontré una llamada perdida de P. De inmediato pensé que algo muy grave debía haber pasado para que ella me llamara y me angustié. Quizá era por E, de quien sabía que padece Parkinson; o por Z, cuya salud no era la mejor desde los tiempos en que todavía nos tratábamos, no con frecuencia pero sí con seguridad. Ni siquiera había terminado de elucubrar esa posibilidad cuando la misma P me mandó un mensaje largo donde se disculpaba mucho por *tener que* darme la noticia. No era lo que había imaginado, si se estaba poniendo en contacto era por una persona mucho más cercana a mí, que había muerto (así dijo) in-es-pe-ra-da-men-t-e.

Entonces vino a mí la pregunta crucial: *¿Debo o no debo seguir trapeando?*

Teléfono en mano, seguí recibiendo los mensajes de J sin poder articular gran cosa, hasta que, supongo que extrañado por mi largo silencio, me preguntó si todo estaba bien y tuve que contarle lo que había ocurrido. Luego les escribí a N y a C, quienes me preguntaron qué necesitaba. Y sí, ¿qué necesitaba? Toda mi vida había aprendido a dominar un mecanismo de defensa ante este tipo de situaciones, que consistía en hacer como que nada estaba pasando hasta que yo sola llegaba a alguna conclusión y actuaba en consecuencia, sin pedir ayuda ni poner en juego lo que yo consideraba una mínima ecuanimidad. La misma noción de mantenimiento, pero aplicada a una misma y a sus heridas: que nunca se note, o no tanto, todo lo que *tenemos que* hacer para mantenernos enteras y encargarnos de lo que, dicen, nos corresponde.

Fueron unos cinco minutos, aunque parecieron muchos más, en los que sólo podía pensar en eso. Seguir trapeando, no seguir. Decir qué necesitaba, no decirlo. Llorar, no llorar. Quebrar la normalidad con mi noticia o no. Recibir atenciones o no. Darme permiso de ser cuidada, aceptar que no lo tenía

[4] Ver Anexo 3.

bajo control, dejar de encubrir mis propias rupturas, o no. Acostumbrada a elaborar y consolarme en absoluta soledad hasta en los momentos más imposibles, la idea de exponer la vulnerabilidad que me generaba esta pérdida me desconfiguró por completo, porque también era cierto que ya no quería ser aquella que, por ejemplo,"superó" tantos años de abuso y sus consecuencias a solas, sin redes de apoyo ni fisuras visibles. Afortunadamente, cuando Abuela entró del jardín mi aparato fonador ya estaba decidido a ignorar por completo la batalla campal que mi razón estaba librando y me sorprendí a mí misma diciéndole estas exactas palabras: "No puedo seguir trapeando porque se murió L". Mis lagrimales se unieron al complot, en estallido.

Ese viernes, el duelo y yo dejamos de ser enemigos. Nos instalamos juntos en el estudio de la casa de Abuela y estuvimos pensando por horas en cómo ese hombre, a quien yo le había perdido la pista durante tantos años por acuerdo mutuo, había muerto tan pronto y tan in-es-pe-ra-da-m-e-n-t-e. Pero no era éste un ensimismamiento como el que antes conocía, no: esta vez sabía que si hacía una pausa podía grabarle a J larguísimos mensajes de voz en los que le exponía cómo me sentía, podía pedirles a N y a C que por favor me acompañaran al velorio, podía llamarle a Madre para avisarle y recibir su pésame (qué raro), podía compartir con Hermana nuestras percepciones tan diametralmente distintas de algo que, en apariencia, era tan común a ambas. Los lazos con el mundo eran muchos y eran fuertes pero, sobre todo, podía olvidar el mantenimiento obsesivo de mi apariencia de normalidad todo el tiempo que fuera necesario. En una de esas hasta jubilarlo.

Abuela se asomaba cada tanto para comprobar que ahí seguía yo, oscilando entre la posición horizontal y vertical, llorando a veces y pensando otras tantas. Pasadas unas horas, me llevó unos álbumes fotográficos para que jugáramos a buscar al recién fallecido en el registro de imágenes de una familia de la que alguna vez había sido parte, una especie de *¿Dónde está L?* Descubrimos que L salía poco en las fotos y confirmamos que se veía muy chistoso de joven, tan parecido a Paul de *Los años maravillosos*. Abuela repetía, cada tanto, que en todo lo que ella había conocido, podía afirmar que era un buen hombre, un buen hombre, un buen hombre, y de ahí no salía. Y yo pude contarle algunas cosas, en calidad de cuidada, de cómo esta vez yo tenía total conocimiento de causa para contar mi historia con L sin que fuera necesario hacer juicios sobre él, al menos por el momento. Ya habría tiempo de analizarlo después en alguna charla, alguna página de diario, algún capítulo de libro; por lo pronto, necesitaba organizar una pérdida que no tenía calculada. Mi mente había resuelto imaginar a L fuerte y saludable, viajando por el mundo con el éxito de su lado, todavía con algún

round pendiente para pelear conmigo dentro de algunas décadas, cuando fuéramos él y yo más viejos. Nunca consideré que hubiera otra posibilidad y mucho menos ésta.

Cuando yo iba al kínder, L me cuidaba en las mañanas porque no tenía trabajo y Madre salía al suyo muy temprano. Había anécdotas que con cierta frecuencia mostraban muy patentemente las dotes de L como cuidador, como aquella de que no me daba de desayunar y yo me robaba las cebollas (sí, las cebollas) del refrigerador de la escuelita para comérmelas a mordidas. Entonces pasaba que las *misses* o la señora de la cocina me descubrían, le contaban a Madre y ella tenía que hacerse cargo de dejar todo listo para que ambos pudiéramos desayunar, que mi ropa del día siguiente estuviera lista y que la casa funcionara también mientras ella no estaba. Luego L tuvo trabajo y lo tuvo muy en serio, muy brilloso, muy sácale punta, de esos trabajos que lo tenían fuera toda la tarde y parte de la noche. Cuando llegaba, Madre y yo le hacíamos fiestas.

Un día simplemente no llegó, y ese día Madre y él se separaron. Mi relación con él se extendió bastantes años más, pero luego él se volvió a casar con M y su forma de relacionarse conmigo era cada vez más hostil, hasta que a mis veintitantos años tuvimos un intercambio de mensajes por correo electrónico y decidimos dejar de vernos como si ese lazo aparentemente indestructible que teníamos pudiera romperse, como si tal divorcio existiera en la realidad, como si el Macaulay Culkin de los ochenta[5] me poseyera por un instante. Claro que yo sí lo volví a ver, pero ya no era precisamente él sino sólo su cuerpo.

Fui dos veces a la funeraria. La primera, en el velorio, me escoltaron N y C porque yo temblaba de una manera increíble, todo el tiempo, un poco por nervios y otro poco por terror. Tenía la boca seca, pero mis amigas me

[5] Quizá lo recordemos por la saga de *Mi pobre angelito* o por hacer sufrir terriblemente al futuro Frodo Bolsón en *El ángel malvado*, pero en realidad Macaulay Culkin estaba pasándola bastante mal mientras filmaba esas joyas cinematográficas: su padre lo obligó a rodar nueve películas en un lapso de cuatro años, cuando él todavía no llegaba ni a la década de vida, y era tan insostenible la relación de explotación que a los catorce años el pequeño actor decidió dejar de trabajar en el medio, le retiró a cualquier adulto de su familia el acceso a sus cuentas bancarias y puso abogados de por medio. A los quince se emancipó, no sin antes ganar una demanda a sus padres por diecisiete millones de dólares y declarar que ese inusitado divorcio había sido una de las mejores cosas que le habían ocurrido en la vida. Al parecer, con su madre retomó el contacto, pero desde la ruptura no le habla a su padre, quien incluso lo ha desconocido públicamente. Después protagonizó, en la vida real, algunos episodios lamentables ya en la adultez; pero en lo que respecta a subvertir los lazos que se asumen intocables, Macaulay Culkin es un caso ejemplar.

dotaron de todos los cuidados necesarios para que pudiera llegar de una pieza a la sala donde estaba el ataúd y en el ataúd un cuerpo que había sido él y del que sólo quedaban esos rasgos en los que tanto me reconocía, pero ahora envueltos en una piel amarilla que revelaba la batalla del hígado en sus últimos años y un *rictus* que no expresaba gran cosa, ni alivio, ni dolor: nada. Estuve un rato hablándole, no diciéndole sino preguntándole, hasta que entendí que no habría respuesta. Su viuda, M, me platicó de lo terribles que fueron para él (y para ella, su cuidadora) los últimos años, casi enseguida de que L y yo dejamos de vernos, y sentí una ternura triste por ese hombre que alguna vez me fue tan problemático, esa figura irresuelta que se convirtió en mi causal número uno de terapia. Aunque nunca fui a terapia.

El mayor cuidado que pudo haberme dado L fue el Piripicho Popoch, un personaje inventado por él y protagonista de las historias improvisadas que me contaba durante el trayecto matutino, en el que pasábamos primero al trabajo de Madre y todavía nos quedaban unos 30 minutos de interacción a solas, antes de llegar a mi primaria. No sé, y nunca podré saber, cómo se inventó ese personaje ni esa dinámica, pero L me anunciaba que había cuento del Piripicho Popoch y me ofrecía tres opciones de títulos para que yo eligiera; una vez que yo decidía cuál quería escuchar, me lo contaba de principio a fin, ajustándolo perfectamente a que el punto final recayera justo cuando orillaba la Caribe naranja en la banqueta de mi escuela. Ahora que pienso en lo atormentado que pudo haber estado L con su vida, sobre todo por la forma en que murió y todo lo que se reveló con ello, agradezco las historias contadas como un destello generoso y efímero de un hombre que, como tantos, no sabía de qué manera cuidar.

Como L murió por complicaciones en el hígado, yo comencé a preocuparme muchísimo por mi propia salud: los genes son los genes. Eso fue el detonante para que acudiera a consulta con un gastroenterólogo y al fin comenzara un tratamiento que me debía desde hacía tiempo, lo que me parece una herencia pragmática bastante justa. Intenté hacer el performance del luto público en redes sociales, pero me exasperaba cada vez que alguien me daba el pésame porque éste era un duelo anómalo y al parecer sólo hay una manera de entender este tipo de muertes.

Ni modo de decir abiertamente que aunque la enunciación sonaba tan fuerte, en realidad yo la estaba viviendo muy distinto porque mi duelo había comenzado varios años antes, cuando en vida L me había dicho con todas sus letras que yo no era alguien importante para él. Ni modo de contarles que la segunda vez que fui ya sola a la funeraria, ahora sí vestida de negro para estar presente en la cremación, cuando pasó junto a mí el ataúd me inundaron las ganas de llorar fuerte y

la concurrencia, que sabía bien quién era yo, suspiró aliviada porque al fin había mostrado lo que se esperaba de mí, sin saber que lo que lloraba era más un rencor rulfiano que un amor inconsolable.

A algunas personas que me eran queridas sí les agradecí las condolencias, más por ellas que por mí, a otras les expliqué la situación y a otras de plano las ignoré, pero al final borré la publicación, que consistía en algunas fotos muy viejas donde L y yo parecíamos felices, y una frase muy sencilla, no demasiado expresiva, que ya no recuerdo. Pero ni borrar el *post* me salvó de recibir algunos pésames más, muy a mi pesar.

En mi casa hay una pequeña ofrenda. Consiste en un ramillete de cinco flores secas que están amarradas al tubo del mueble del comedor con hilo cáñamo verde. El hilo tiene brillos dorados, lo que hace al conjunto una visión agradable; o eso quiero creer, aunque quizá no cualquier ojo lo identificaría como un altar. Antes había fotos, pero las visitas o yo las tirábamos a cada rato y eso me parecía poco solemne porque en este sencillo altar están mis muertos. Cuatro de esas flores provienen del funeral de Abuelo y la quinta, una rosa blanca que colgué bocabajo para que no perdiera sus pétalos, llegó directamente del día exacto en que cremaron a L, mi padre. En adelante lo llamaría Padre, pero no hay adelante.

XI

Mas polvo enamorado

Hay un hospital en Barcelona en el que tienen un programa para poner música a los muy ancianos, quienes piden sus *tracks* favoritos de ayer, hoy y siempre mientras reciben sus tratamientos médicos o simplemente mientras están ahí, mirando por la ventana al mundo que funciona sin su plena participación. La musicoterapia en la vejez es un asunto que se ha desarrollado con buena amplitud; basta ver el reciente caso de *Coco*, la película escrita por Adrián Molina y Matthew Aldrich, producida por Pixar, en la que una anciana "bien cuidada", pero reducida al silencio, logra entablar un nuevo vínculo con la actualidad a partir de una canción que su bisnieto recupera para ella después de una odisea en la que él mismo se replantea su visión sobre la vejez y la muerte. El niño reconoce que la música es importante y poderosa porque puede detonar respuestas distintas, de modo que la escena casi final, cuando se aferra a tomar la guitarra y cantarle a Coco, su bisabuela, pese a que todos le dicen que es una tontería, resulta de lo más hermosa. Como si la infancia y la senectud, esas dos etapas tabú en una sociedad que sólo venera la productividad adulta, se unieran para hacerse escuchar. Y su herramienta es la música.

Pensé entonces, con lo de Barcelona, lo de la musicoterapia y lo de *Coco*, si las previsiones para nuestra propia vejez no se pueden equiparar a una maleta en la cual se va guardando lo que se piensa que va a servir y no sólo en términos prácticos: también hay que cuidar lo emocional y lo sensorial si queremos llegar completos a cada etapa de nuestras vidas. Puede tratarse un poco de ir armando un archivo en el que quepa todo aquello que queremos llevarnos a esa isla que va a ser nuestro futuro y que deseamos que sea paradisíaca. Afortunadamente, y a diferencia de una maleta real, en este archivo sí puede caber *todo*. ¿Y por qué no pensar en canciones, esos juguetitos que nos alimentan el oído y el corazón de maneras hasta mágicas?

Como siempre que tenemos una idea que podría ser muy profunda pero que no hay tiempo para que lo sea, decidí ser groseramente literal.

Convoqué en una de mis redes sociales a que cualquier usuario formara parte de la escritura de este libro, si así lo deseaba, acompañándome con una canción que debía responder a cierta pregunta enviada por mensaje directo. De inmediato comencé a recibir respuestas y articulé el mensaje estándar que enviaría a cada persona interesada. El mensaje era éste:

> Hola :D
> La pregunta es: ¿qué canción crees que te va a seguir acompañando, emocionando y significando cuando llegues a la vejez? Puede ser sólo título y artista (ya si quieres mandar un link también, todo bien) o puedes optar por no responderme, pero igual gracias desde ya. Voy a estar escribiendo los siguientes veinte días, entonces puede ser en el momento que quieras. <3

Resultó un buen pretexto para entablar una conversación bonita, diferente, con personas que en muchos casos ni conocía personalmente pero que, sin excepciones, respondieron entusiastas una vez que supieron cuál era la consigna. Externamente pregunté a Hermana, a J y a mis amigas N y C, pero esas fueron las únicas colaboraciones *especiales,* porque me gustaba la idea de la red también para esto. Por supuesto que a Abuela le pregunté, pero es hora que no me responde; fue como si ella supiera que la pregunta provenía de una dinámica en la cual la vejez era todavía ficticia y prefiriera quedarse al margen. Entonces, quienes participaron lo hicieron desde la imaginación, desde lo que creen que van a pensar, recordar y disfrutar cuando lleguen los muchos años. Y en homenaje a este esfuerzo de la fantasía, quise dejar constancia de estas canciones que, imagino también, podrían añadirse a esa maleta de lo que nos gustaría llevar al futuro prometido.

Anexo 3. Lista de canciones que mis entrevistadas y entrevistados eligieron para su vejez ficticia

A

A donde solíamos gritar, Love of lesbian
A estos hombres tristes, Almendra
A la orilla de la chimenea, Joaquín Sabina
After the love's gone, Earth, wind & fire
Al lado del camino, Fito Páez
Almost full moon, Enigma
Alone in Tokyo, Air
Amiga, Miguel Bosé
Ando Drom, Kerem Chave
Aquí y ahora, Gustavo Cerati
Aria en Sol, Bach

B

Be quite and drive (far away), Deftones
Bitter sweet symphony, The verve
Black, Pearl Jam
Blackbird, Beatles
Bombay blue, Mystery jets
Bonito, Jarabe de Palo
Bright eyes, Road to joy
Busco a mi padre, Real de Catorce

C

Cáite, cadáver, Cecilia Toussaint
Calico Skies, Paul McCartney
Canción para mi muerte, Sui Generis
Cemetry gates, The Smiths
Cien años, Pedro Infante
Cigarettes daydreams, Cage the elephant
Close your eyes (and count to fuck), Run the jewels
Construcción, Chico Buarque
Corazón baldío, Diego Verdaguer

D

Dark necessities, Red Hot Chili Peppers
Derecho de nacimiento, Natalia Lafourcade
Do you realize, The flaming lips
Dos gardenias, Buena Vista Social Club
Drops of Jupiter, Train

E

El baile y el salón, Café Tacvba
El negrito del batey, Sonora Matancera
El puente roto, Invasores de Nuevo León
El reloj, Luis Miguel
Elephant gun, Beirut
Evening party, Yann Tiersen
Everybody wants to rule the world, Tears for fears

F

Fallaste corazón, Cuco Sánchez
Farolito, Agustín Lara
Fever, Peggy Lee
Fat bottomed girls, Queen
For no one, Beatles

G

Going out west, Tom Waits
Goodbye soleil, Phoenix

H

Hasta la raíz, Natalia Lafourcade

Have you ever seen the rain?, Creedence

Help!, Beatles

Here, Pavement

Here comes the sun, Beatles

Hey, Jude, Beatles

High & dry, Radiohead

Hoppípolla, Sigur Rós

Humbug Mountain Song, Fruit Bats

I

I believe, R. E. M.

I write sins not tragedies, Panic! at the disco

Impossible soul, Sufjan Stevens

In my time of dying, Led Zeppelin

In the end, Justin Bond

J

Jodida pero contenta, Buika

K

Know how, Kings of Convenience

L

La cama de piedra, Cuco Sánchez

La cima, Charliepapa

La crecida, Los espíritus

La mitad de nuestras vidas, La buena vida

La vida sigue igual, Julio Iglesias

Las caricaturas me hacen llorar, Queta Garay

Las simples cosas, Chavela Vargas

Lazarus, David Bowie

Les étoles filantes, Les Cowboys Fringants

Libre, El Chaval de la Peca

Llorarás, Óscar de León

London Thunder, Foals

Long as I can see the light, Creedence

Lover you should come over, Jeff Buckley

M

Mad as a rabbit, Panic! At the disco

Mad rush, Philip Glass

Mediterráneo, Joan Manuel Serrat

Migration, Bonobo

My baby just cares for me, Nina Simone

My sweet lord, George Harrison

N

No, Alejandro Fernández

No tengo tiempo (de cambiar mi vida), Rodrigo González

Nomás contigo, Mario Quintero

O

Obstacle 1, Interpol

Ojalá que te mueras, Pesado

Olsen Olsen, Sigur Rós

Open, Rhye

P

Per què collons has trigat tant, Pau Vallvé

Perfume de gardenias, Sonora Santanera

Por debajo de la mesa, Luis Miguel

Por qué te vas, Jeanette

Q

Quimera, Jorge Drexler

R

Ramito de violetas, Banda El Mexicano
Relax, Frankie goes to Hollywood
Rocket brothers, Kashmir

S

Santa Lucía, Miguel Ríos
Say goodbye to Hollywood, Billy Joel
See the world, Gómez
Seguir viviendo sin tu amor, Spinetta
Shades of cool, Lana del Rey
Si puedo volverte a ver, Benny y Miguel Bosé
Si tu vois ma mère, Sídney Bechet
Sinfonías de aliento, Stravinsky
Sleepwalk, Santo & Johnny
Solo, Frank Ocean
Soul Love, David Bowie
Spanish Sahara, Foals
Strawberry fields forever, Beatles
Suleika 1, Schubert
Superstar, Sonic youth
Swimming in the flood, Passion Pit

T

Teenage dream, Katy Perry
The boys of summer, Don Henley
The Curse, Agnes Obel
The drugs don't work, The Verve
The rip, Portishead
The wind, Cat Stevens
Tocando em frente, Maria Bethania
Todavía, La factoría

U

Una tarde de sol, Manolo García

V

Vive y vacila, Ray Barretto
Volverte a ver, Dyango

W

Watermelon in easter hay, Frank Zappa

Y

You don't love me, Dawn Penn

#

19 días y 500 noches, Joaquín Sabina
1979, The Smashing Pumpkins

Sólo cuando armé la lista de reproducción con todas estas canciones, sentí que lo que estaba haciendo al escribir este libro era también comunidad. Al menos, con aquellos que para 2050 van a estar conmigo en esto de ponerle

cuerpo al vaticinio de que México será un país de ancianos. Pero de ancianos que cantan, replicamos, esperando que eso haga una diferencia. Ya nos tocará atestiguarlo, ese es el deseo por lo pronto, con la reserva de que en algún tiempo se descubra que estaba mejor el esquema medieval, en el que la senectud era equivalente a los 30 años y la vida útil acababa cuando nosotros decimos ahora que apenas empieza. Quizá un día se renuncie a que eso que se da en llamar "esperanza de vida" crezca cada vez más descomunalmente y el mundo vuelva a no ser tan viejo, aunque si podemos opinar quizá lo primero sería buscar que no sea tan precario. Como dice G, una escritora muy admirada: es mucho pedir y con eso nos conformamos.

Una última cosa. Yo no sé si sea justo para la vejez pensarla sólo como un eco de lo que somos ahora, como si los años anteriores fueran los únicos que construyeran formas válidas de ser y gustos que se van a quedar con nosotras "para siempre". No sé si sería mejor apostar a ancianidades activas, en las que se descubran siempre nuevas cosas para que los recuerdos no tengan ese peso abrumador, que parece imborrable. Que si nos gustaron los Beatles durante toda nuestra juventud, podamos darnos permiso de dejar de escucharlos o de suplirlos por nuevos favoritos a los ochentaymuchos. O aún más: que dejemos de nombrarle vejez a esa etapa de deterioro y, por tanto, dejemos de decir juventud, adultez, vida productiva, improductividad. Podríamos descubrir qué tanto cambia el mundo, si cambiamos el lenguaje.

Lo cierto es que tenemos por delante muchos años esperándonos, años propios y años ajenos, y nos corresponde pensarlos tanto como se pueda. Porque pensar en ellos es pensar en cuidarnos unos a otros, y pensar en cuidarnos es pensar en espacios domésticos, en remuneraciones, en precariedad, en dinámicas impuestas, en familias, en amor, en el estigma de lo privado y en todas estas cosas que podemos poner sobre la mesa de una vez y partir de ahí para ver qué sale. A pesar de lo que sea, lo que tenemos para asirnos, para aprender y para construir son comunidades: si en ellas compartimos lo que por tanto tiempo nos han dicho que es "incompartible" y revelamos estructuras para reconfigurarlas, esa es una gran manera de procurarnos más allá de tiempos y generaciones. Porque si es verdad que nuestro cuerpo dejaremos, al menos hay que elegir jamás abandonar nuestro cuidado.

Anexo 4. Apuntes para *Su cuerpo dejarán*, una novela sobre mujeres

—¿Una demanda? ¿Cómo que una demanda?

Ángela abría los ojos desmesuradamente ante la sonrisa torcida de su hija. Abría los ojos porque no podía alzar la voz, porque sabía que arriba estaba su marido y no es que estuviera contenta con Abril, pero tampoco quería que eso fuera causa de disgusto para nadie más. Entonces abría los ojos todo lo que podía, para ver si le mandaba tantita vergüenza a esta mujer que tenía enfrente, picando papas como si nada después de soltarle la bomba. "A la familia no se le demanda, Abril": eso hubiera querido decirle. Y en cambio, le dijo solamente:

—Es tu hijo.

—Sí —respondió Abril, como si hubiera estado esperando esas exactas palabras en un guion que sólo ella conocía—, y esto puede considerarse parte de su educación, mira qué buena madre soy.

Y se echó a reír con esa risa que divertía y exasperaba tanto a Ángela, aunque ahora ni siquiera podía pensar qué le causaba porque estaba muy ocupada pensando en eso de la demanda. ¿Así que se podía demandar a los hijos por abusivos, por descuidados, por egoístas, por creerse el centro del universo y actuar como si la tierra no los mereciera? Ahora resultaba. Si ella misma hubiera tenido esa información y esos ovarios, sobre todo esos ovarios, que se le venían a presumir a su propia cocina en el cumpleaños del patriarca, hasta a la propia Abril le hubiera tocado su buen sustito. Faltaba más. Pero a la familia no se le demanda ni se le exhibe. Por mucho que Agustincito fuera una fiera, una joyita, un borracho, un golpeador, eso no quitaba que también fuera tantita culpa de...

Bueno, quizá la responsabilidad no era sólo de...

Ay.

Ángela prefirió concentrarse en el mole porque el mole sí era de una sola mano, quizá una de las pocas cosas en el mundo cuya responsabilidad absoluta recae exclusivamente en quien lo hace.

Abril no podía escuchar los pensamientos de su madre, pero sabía que en su interior se estaba librando una batalla épica y que la estaba juzgando en silencio, con todo su ser. Tampoco es que fuera tan difícil adivinarlo, con los ojotes exageradamente abiertos con que la veía desde donde estaba, parada junto a la estufa, vigilando el mole. Pero también pensó en el alivio

que sentía ahora que había sacado los trapitos sucios, los mismos que había tenido que lavar a solas por tantos años. Su hijo había rebasado todos los límites y eso ya no podía ser culpa suya. El argumento de la mala madre debería venir con fecha de caducidad en cada cuerpo, porque era seguro que a Agustín ya se le había terminado esa carta desde hace años.

—¿Pero tú qué hubieras hecho entonces, mamá?

—Lo que sí es seguro es que no lo demandaba, mija. Es que estos asuntos de familia deben ser ante todo una cosa de…

Sí, pensó Abril, de eso que nos jode tanto la vida.

Sí, pensó Ángela, de eso que le da sentido a todo lo que hacemos.

—De amor —dijeron, simultáneamente, y ya no se preguntaron más—. Muy en el fondo, sabían que era posible que no estuvieran hablando de lo mismo, pero decidieron que había momentos en los que valía la pena dejar discusiones sin resolver y poner todas las energías en hacer treguas generosas con las personas precisas. Y en ese momento no había personas más precisas que ellas dos.

Y entonces, sólo entonces, se sonrieron una a la otra. Porque a decir verdad, eso también bastaba.

Índice

Prólogo ~ 15

I
¿Su trabajo existe? ~ 21

II
Un libro de cuidado(s) ~ 27

III
¿Me estás hablando a mí? ~ 31

IV
Genealogía del cuidado ~ 35

V
Qué pasa con el cuerpo ~ 43

VI
Qué pasa con la voz ~ 49

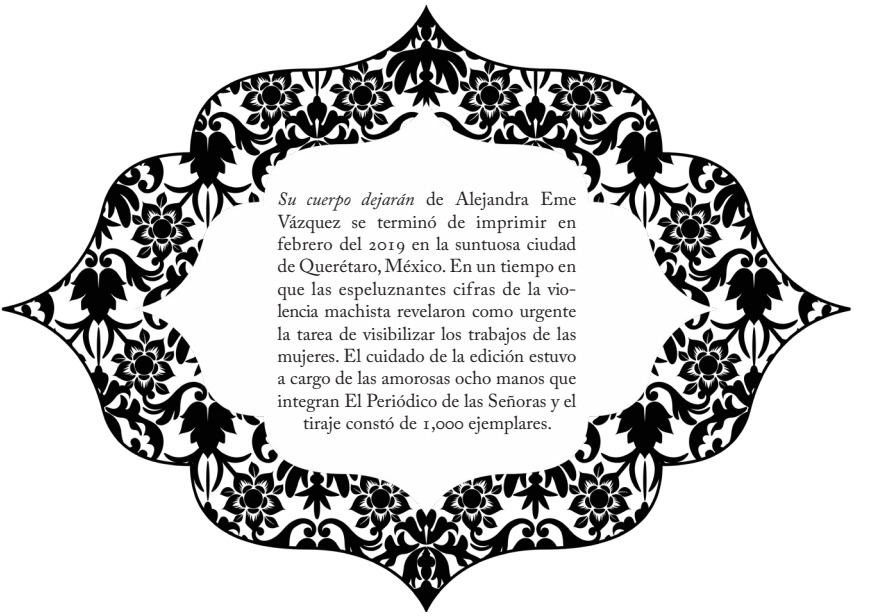
VII
De la cuestión, estado ~ 55

VIII
Cuidador cuidado ~ 59

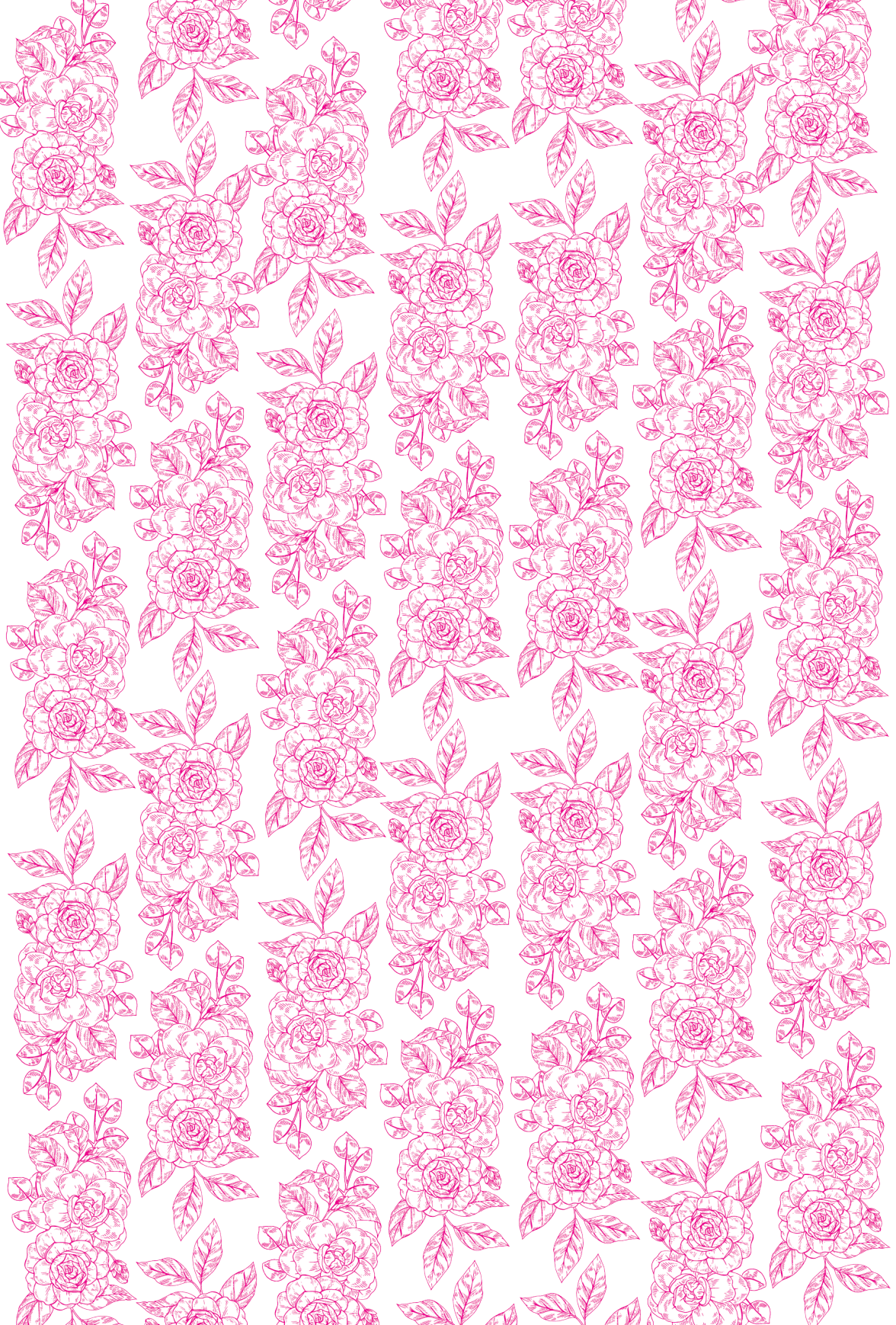
IX
Escribir y cuidar ~ 63

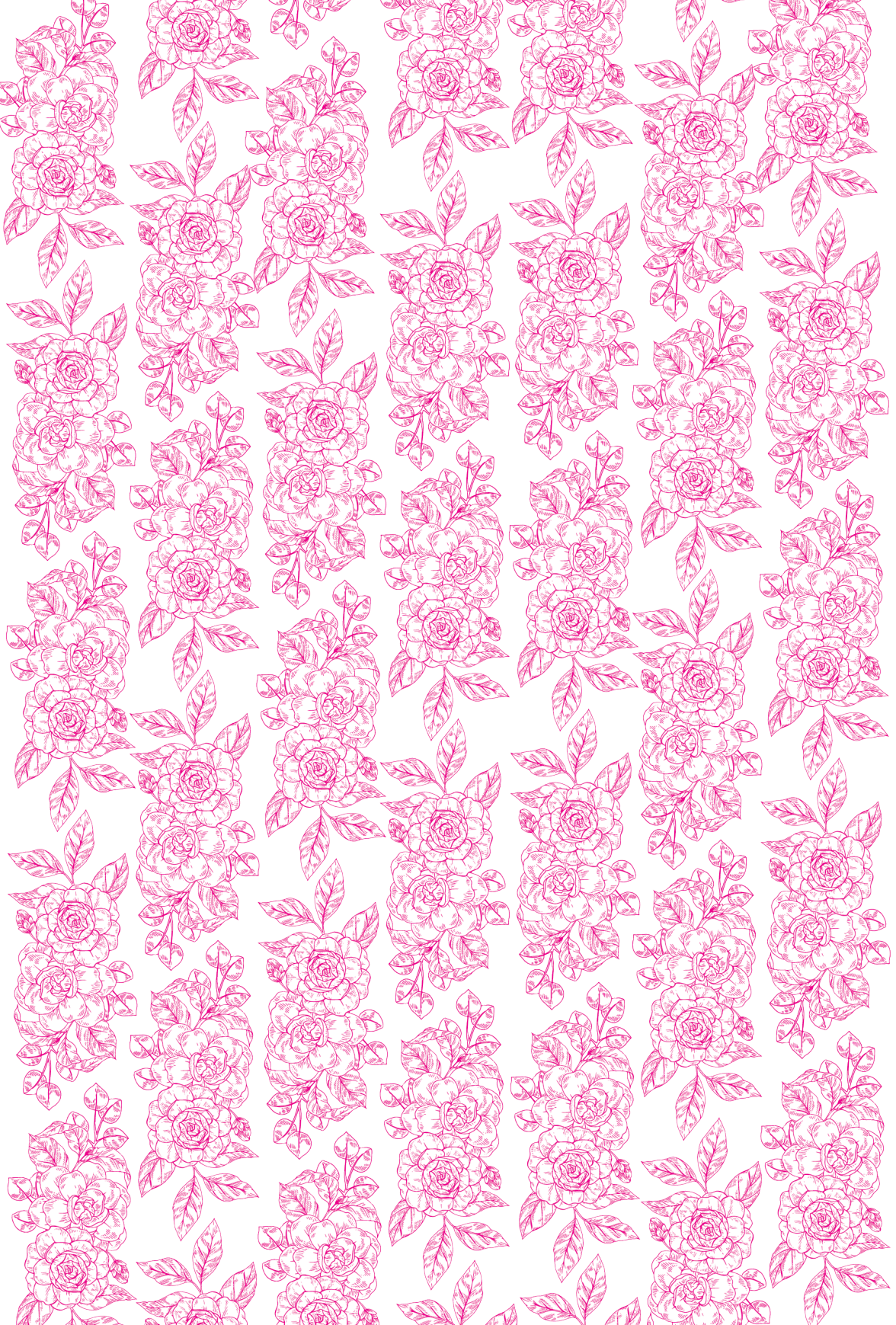
X
Levántate y anda ~ 67

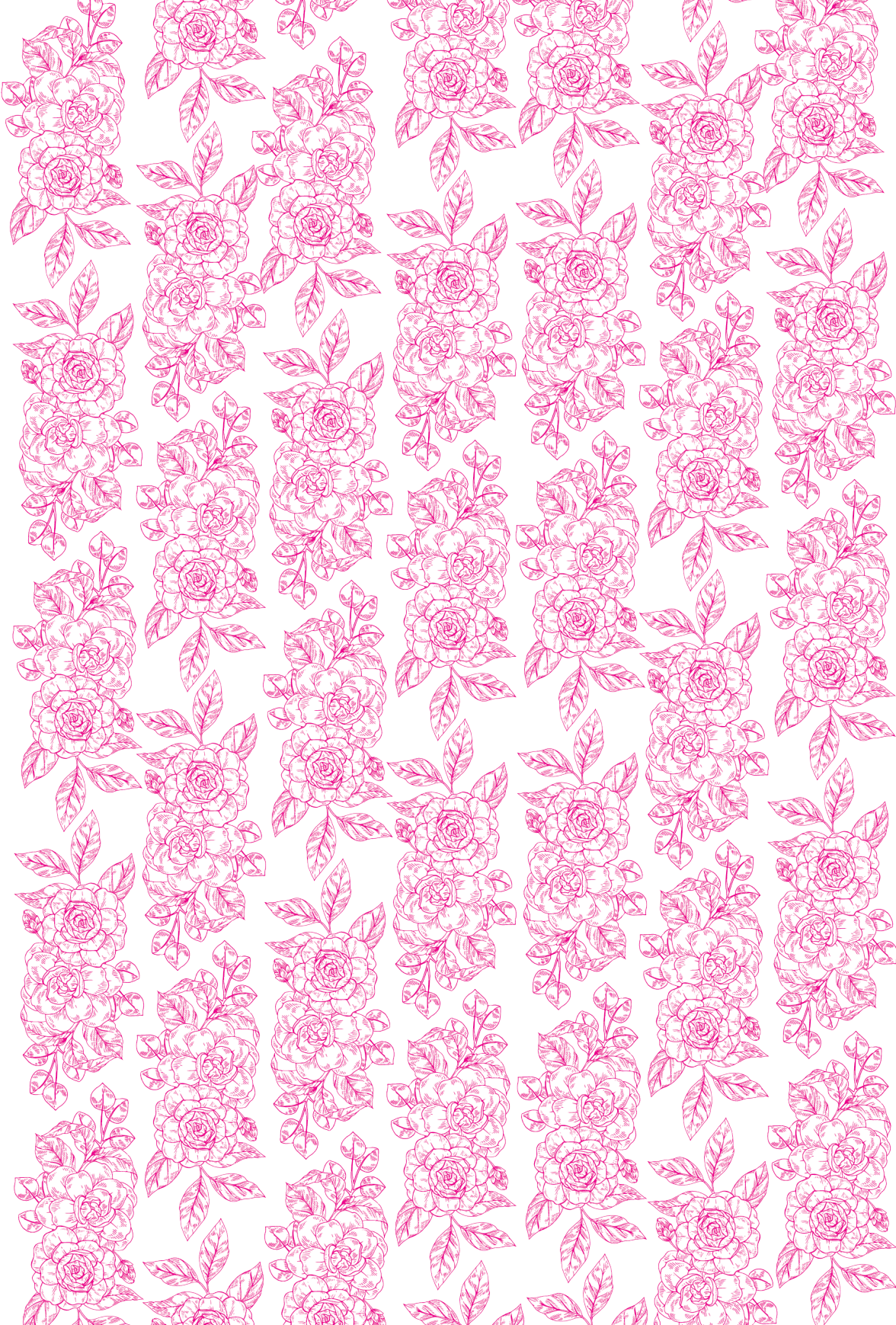
XI
Mas polvo enamorado ~ 73

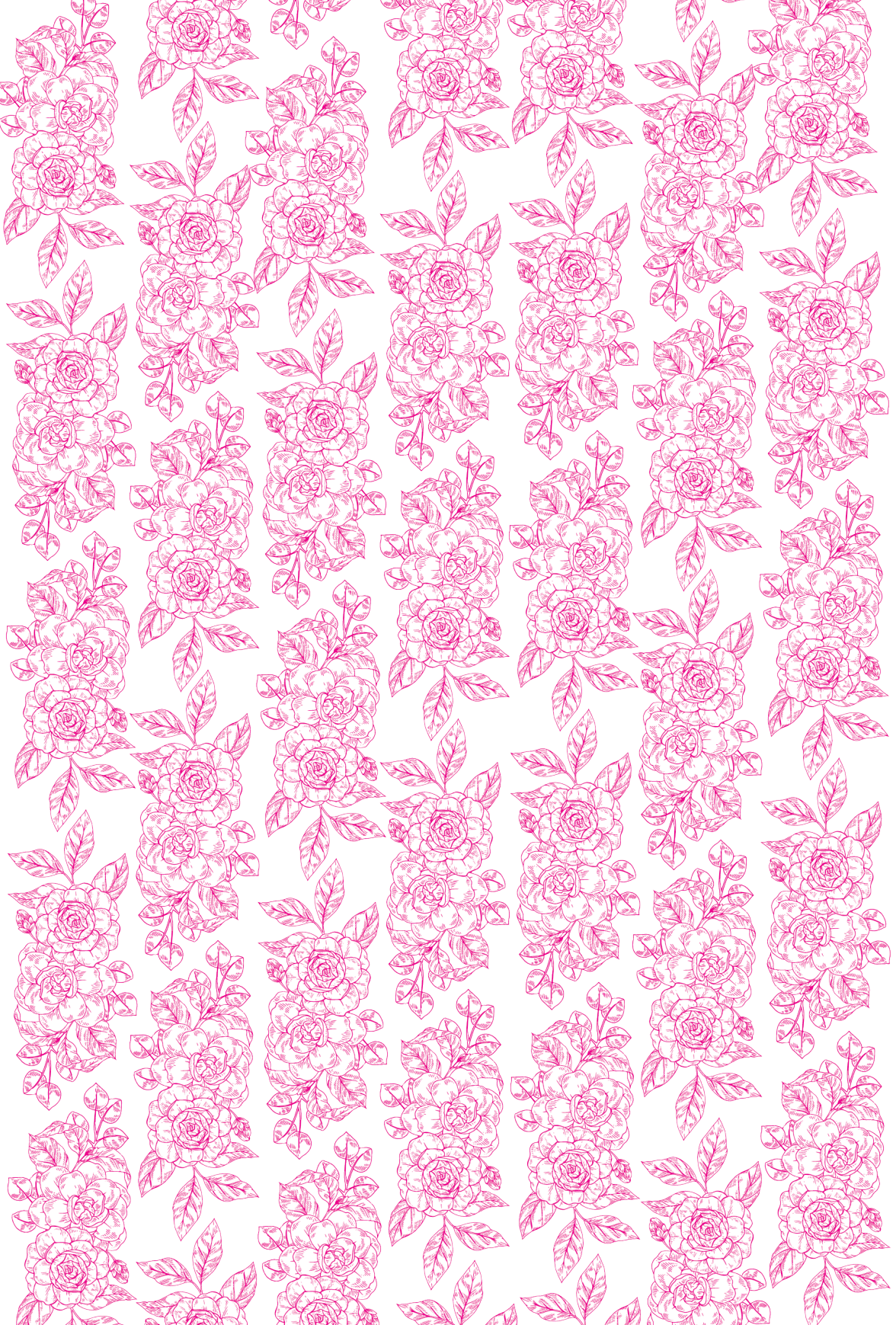


Su cuerpo dejarán de Alejandra Eme Vázquez se terminó de imprimir en febrero del 2019 en la suntuosa ciudad de Querétaro, México. En un tiempo en que las espeluznantes cifras de la violencia machista revelaron como urgente la tarea de visibilizar los trabajos de las mujeres. El cuidado de la edición estuvo a cargo de las amorosas ocho manos que integran El Periódico de las Señoras y el tiraje constó de 1,000 ejemplares.









Este libro descorre un velo: deconstruye la endoculturización y hace evidentes las dinámicas perversas que invisibilizan el trabajo de cuidados y que lo vuelven algo explotadoramente familiar. Devela a los Tíos Jubilados que no cuidan a su madre anciana y que normalizan que ella los siga cuidando. Sin embargo, no lo hace confrontando, sino con amor, porque este es un libro de amor a la Abuela, ser de piel hermosa y suave, experta en la alquimia invisible del funcionamiento del hogar. La Autora fue capaz de compartir no sólo la forma en que construyó el libro, de manera personal y entrañable, sino que trasciende lo políticamente correcto; muestra y se ríe de sus propios prejuicios y miedos: el miedo a envejecer, a las ollas de presión y a las dentaduras postizas.

Lean *Su cuerpo dejarán* a la luz de sus propias historias, miren a la Abuela que aún lava los baños a sus casi noventa años; a las mujeres que desdoblan sus discursos como ventrílocuas para ejercer su sacrosanta voluntad en el, tan largamente invisibilizado, trabajo doméstico, donde no hay diplomas, ni premios y sólo, a veces, unas palabras de agradecimiento. Miren, miremos, quién lavó la ropa, quién la tendió, quién trapeó, quién cocinó, quién lavó los baños, quién cuidó a mi hijo para que yo pudiera escribir estas palabras. Leamos esta pieza textual llena de honestidad y comunidad.

Lauri Cristina García Dueñas

El Periódico de las Señoras

#ENJAMBRELITERARIO

9 788494 822964